

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Los espías no existen

Brigitte recibe órdenes de ir a matar a un traidor. Pero… ¿de verdad es Carlos Llamas un traidor? Como siempre, Brigitte hará las cosas a su modo, algo que no le gusta nada al agente «Travelling».



Lou Carrigan

Los espías no existen

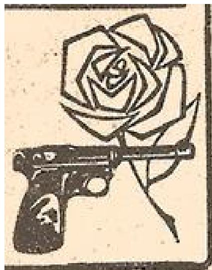
Brigitte en acción - 47

ePub r1.0
Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Brigitte dejó de practicar su diaria gimnasia matinal cuando sonó la llamada a la puerta de su dormitorio.

—Pasa, Peggy —autorizó.

La rubia y simpática ama de llaves de la espía internacional entró, y parecía tan impresionada que

Brigitte se alarmó por un instante, e iba a preguntar qué le ocurría a Peggy cuando ésta casi tartamudeó:

—Tiene una visita, señorita. Está en el salón. Es un hombre… terrible.

—¿Terrible? Entonces no sé por qué le has abierto la puerta del apartamento.

—Oh, es que me ha dicho que es *Mr*. Cavanagh, y como usted me lo mencionó como amigo especial…

—Ya. ¿Y estás segura de que nuestro visitante es *Mr*. Cavanagh?

—Pues… ¡Él ha dicho que es *Mr*. Cavanagh!

—Pero podría haberte mentido —contuvo una sonrisa Brigitte, que se divertía a veces con la cándida Peggy–. Veamos… ¿Es alto, fuerte, de ojos claros, cabellos largos y grises…, y cojea un poco de la pierna izquierda?

—¡Sí, sí, sí! —exclamó Peggy.

—Menos mal —suspiró la espía, con cómico alivio—… ¡Podría habérsenos colado en casa un temible enemigo! Pero aunque así fuese, querida, ¿quieres dejar de preocuparte, mientras yo esté aquí? Soy más peligrosa que cualquier enemigo que pudiera visitarnos, métete esto en la cabeza. Anda, ve a preparar café y tostadas con miel.

—Sí, señorita.

Brigitte esperó a que saliese del dormitorio la timorata Peggy, que todavía no se había hecho a la idea de que si alguien había en el mundo que fuese peligroso ese alguien era, precisamente, la

señorita Brigitte Montfort, alias Baby, la mortífera agente de la CIA.

Ésta se puso una transparente bata, de color azul como sus hermosísimos ojos, se miró al espejo, y retocó ligeramente sus negros cabellos… Pero no valía la pena perder tiempo en retoques, pues ni iba a impresionar a su visitante, ni ella podría estar más divina. Así que salió del dormitorio, recorrió el amplio pasillo de su lujoso apartamento situado en el piso veintisiete del Crystal Building, frente a Central Park en la Quinta Avenida de Nueva York, y apareció en el salón cuando aquel hombre de anchos hombros y fuertes manos estaba mirando un cuadro, de espaldas a la puerta.

—Buenos días, Simón —saludó Brigitte.

El visitante se volvió, y al verla un destello de afecto y admiración pasó por sus claros ojos. Pero enseguida frunció el ceño y murmuró:

—Ya le he rogado varias veces que no me llame Simón, Brigitte… Buenos días.

—Me acostumbraré poco a poco —sonrió la espía—. ¿Un cigarrillo?

Brigitte alzó una cajita, la abrió, y una delicada musiquilla acompañó el ofrecimiento del cigarrillo; lo encendieron ambos, y ella se sentó en el sofá, señalando a su lado. Cavanagh se sentó, murmurando:

—Estoy seguro de que ha comprendido que si me he presentado aquí antes de las ocho de la mañana es porque el asunto es importante.

Brigitte asintió, vuelta ligeramente hacia Cavanagh, observándolo. Era su jefe directo, el jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA, y ciertamente su presencia allí a aquella hora implicaba una urgencia y una misión que seguramente sería poco corriente…, como solían serlo todas las que le encomendaban a Brigitte. En cualquier caso él podía haberla enviado a buscar para que se trasladase a la Central de la CIA, así que su presencia en Nueva York implicaba no poca deferencia hacia la muchacha de ojos azules que le llamaba Simón[1].

—Usted sabe —murmuró Brigitte— que siempre puede contar conmigo. ¿De qué se trata en esta ocasión?

—Una vez más tiene que matar a un hombre.

Brigitte asintió, sin dejar de mirar ahora fijamente los ojos de

Cavanagh.

—Espero —dijo apaciblemente— que se trate de algún malvado.

—Es peor que malvado.

—Oh. Muy interesante. ¿Y cómo debo matarlo? ¿Algún método… especial?

—No. De su libre elección. Simplemente, mátelo.

—Bien… Supongo que antes deberé sonsacarlo, estudiarlo, saber qué es lo que sabe, lo que pretende…

—No. No es necesario tanto. Sólo debe ir a Buenos Aires, matar al hombre y regresar.

—¡A Buenos Aires! —exclamó Brigitte—. ¡Allí fue donde nos conocimos usted y yo!

—Lo recuerdo perfectamente —sonrió sorpresivamente el frío visitante—. Usted sabe que nunca podré olvidarlo.

—Mi Buenos Aires querido…, ¡¿cuándo te volveré a ver…?! —canturreó el tango la espía—. Es una bonita ciudad, un bonito tango… Nostálgico, triste, romántico… Como todos los tangos. ¿Quién es el hombre al que tengo que matar?

—Se llama Carlos Llamas. ¿Quiere ver su fotografía, a todo color, en diversas poses, tamaños y enfoques?

—Desde luego.

Mr. Cavanagh tendió un sobre a Brigitte, la cual sacó varias fotografías, efectivamente en colores y de diversos tamaños, todas las cuales mostraban al mismo hombre, en diferentes poses y tamaños, tomando café, caminando por la calle, encendiendo un cigarrillo, sonriendo mirando algo un poco lejano… Un hombre de unos treinta y cinco años, de cabellos rubios, ojos pardos, frente despejada, boca firme, mirada noble y simpática, cuello de acero, hombros anchos, piernas largas, cintura estrecha, elegante, desenvuelto… Impresionante, admirablemente varonil y agradable. Parecía un niño cuyo crecimiento había sido desproporcionado y en cuyos ojos quedaba todavía aquella luz de fe, de esperanza en muchas cosas buenas.

—Santo cielo —musitó Brigitte—… ¿Éste es el hombre al que tengo que matar?

—Sí.

—Es muy lamentable, de veras… ¿Es un ruso que está utilizando una falsa personalidad suramericana y que está… molestando a

nuestros agentes de Argentina?

—No precisamente.

—Bueno, entonces… Oh, Peggy, gracias… Déjalo en la mesita, por favor. Y puedes retirarte.

—Sí, señorita.

La doncella dejó la bandeja en la mesita. Brigitte sirvió dos tazas de café, miró sonriente a *Mr*. Cavanagh, y untó tres tostadas con miel, las colocó en un platito y las señaló; luego untó otras tres y las dejó ante ella. Tomó un sorbo de café, mordió graciosamente una de las tostadas, y suspiró:

—¿Están a su gusto?

—Sí… Sí, muy bien, gracias.

Brigitte volvió a mirar las fotografías de aquel magnífico ejemplar masculino, y movió la cabeza con gesto pesaroso.

—Lamentable… Muy lamentable. Pero me pregunto por qué debo ser yo quien haga tan largo viaje para matar a un hombre… Tengo entendido que en Buenos Aires tenemos algunos agentes de gran valía, cada uno de los cuales podría… asumir el trabajo sin mayor preocupación. Se coge una pistola, se apunta a una

cabeza, se dispara…, y ya está.

—No es tan sencillo. En primer lugar prefiero que ninguno de nuestros agentes en Argentina se mueva más de lo imprescindible. En segundo lugar ese hombre es… ¿cómo diría yo?… altamente peligroso. Lo sé muy bien.

—¿Para quién trabaja?

Mr. Cavanagh pareció un poco incómodo, hasta el punto de que eludió la respuesta.

—Le he traído todo lo necesario para que salga hoy mismo hacia Buenos Aires: pasaportes falsos, dinero, otras documentaciones, pasaje en avión, datos sobre Carlos Llamas, dónde vive, qué hace, en qué lugares y a qué horas se le puede encontrar… Todo. Supongo que tendrá tiempo de estudiar los informes durante el vuelo.

—Sin duda. Pero hay algo que me tiene intrigada. Ese hombre que…

—Permítame un momento… Alguien está esperando que lo admitamos en la reunión. Con su permiso, lo haré pasar.

—Sí, sí, desde luego.

Mr. Cavanagh se puso en pie y, evidenciando aquella leve cojera ocasionada en los tiempos en que era un simple agente de espionaje, caminó hacia la puerta del apartamento, que no se veía desde el salón. Brigitte no se movió. Oyó la puerta, de nuevo las pisadas de *Mr*. Cavanagh, las de otro hombre de andadura normal… Los dos aparecieron enseguida en el salón y Brigitte quedó no poco impresionada ante el aspecto de aquel gigante hosco, huraño, de mirada penetrante y dura…

Mr. Cavanagh volvió a sentarse.

—Él es «Travelling» —musitó—, uno de nuestros agentes de relevos. En realidad, y debo decirlo aunque él esté delante, es el mejor. No ha tenido un solo fallo hasta ahora. Ella es Baby, Travelling.

El hombre huraño inclinó la cabeza y casi sonrió.

—¿Cómo está, Baby? Me alegré mucho cuando supe que por fin iba a trabajar con usted.

—Muy amable, Travelling —sonrió Brigitte—. Espero que todo nos saldrá bien. ¿Viajaremos juntos? Travelling miró a *Mr*. Cavanagh, el cual estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No… No, Brigitte, no volarán juntos. Travelling saldrá antes que usted hacia Buenos Aires. Además usted hará escala de un día completo en Río de Janeiro…

—¡Estupendo! —exclamó Brigitte.

—Luego seguirá viaje a Buenos Aires. Una vez allí hará lo posible por acercarse de un modo… discreto a Carlos Llamas. Y a la primera oportunidad lo matará. Emmm… Normalmente ya sabe que hacemos esa clase de cosas de un modo… discreto. Pero en esta ocasión urge más llegar al final que recurrir a un exceso de discreción que podría perjudicarnos. De este modo queda claro que Carlos Llamas debe ser… eliminado a la máxima brevedad.

—En tal caso puedo ahorrarme ese día de descanso en Río de Janeiro. Pasaré por allí a la vuelta. Y no me diga que no, porque nadie podrá impedírmelo. Hace falta estar loco para pasar por encima de Río y seguir el viaje como si tal cosa.

—De acuerdo. Cuando haya matado a Carlos Llamas quédese una semana en Río de Janeiro. Está invitada por la CIA.

Brigitte quedó boquiabierta.

—Tanta generosidad me aturde, señores. No estoy…

acostumbrada. ¿Acaso ese Carlos Llamas es algún personaje superimportante…?

—No, no… No demasiado. Ocurre que…

—Pero siéntese —invitó Brigitte—. ¿No quiere un poco de café?

—Mi avión sale dentro de cincuenta y tres minutos y medio —dijo Travelling—. Creo que debería marcharme, señor.

—De acuerdo… ¿Lo ha visto bien, Brigitte? ¿Lo recordará?

—¿A Travelling? ¡Claro que sí!

—Entonces, será mejor que se despidan. Él tiene que tomar ya el avión. Buena suerte, Travelling.

Éste se acercó a Brigitte, tomó la preciosa manita que ella le tendía e hizo ademán de besarla. Luego sin más palabras, salió del salón y enseguida se oía la puerta del apartamento.

Brigitte estaba mirando astutamente a *Mr*. Cavanagh.

—Hay algo que no acaba de gustarme, señor… ¿Qué es lo que pinta Travelling en este asunto de eliminación?

—Como le he dicho él es nuestro mejor agente de relevos. Su misión es… delicada. Muy delicada, Brigitte. Tiene que…

—Sé lo que es eso de los relevos —frunció el ceño Brigitte—. Cuando se considera que un grupo de agentes está un poco quemado en un país, cuando se teme que su estancia allí dura ya demasiado, se envía a un agente, en este caso Travelling, que llega para relevarlos. La cosa se hace del modo siguiente: el agente de relevos llega a la ciudad en cuestión, se entrevista uno a uno con todos nuestros agentes en esa ciudad, les proporciona documentos y dinero y los envía a Estados Unidos a descansar una temporada antes de ser enviados a otro país, de características similares en cuanto a costumbres, idiomas, sistema de vida… Con eso se consigue que los agentes no lleguen a quedar en evidencia en un momento dado, y se les evita un peligro. Es un sistema de protegerlos y, al mismo tiempo, de… continuar la labor de la CIA en el país de que se trate, por medio de otros agentes que sustituirán a los que marchan. Una vez que se han marchado todos esos agentes, los demás ocupan sus puestos, en otros lugares de la misma ciudad. Y, en todo este proceso, el agente de relevos es quien los ha ido quitando y colocando en, sus sitios, respectivamente.

—Exacto —sonrió secamente *Mr*. Cavanagh.

—De donde se desprende que la CIA teme que nuestros agentes

en Buenos Aires estén un poco quemados, por lo que decide retirarlos… Ellos se marchan, Travelling se queda allí, y a medida que van llegando los nuevos van entrevistándose con él, que les va indicando los lugares de la ciudad donde van a residir y cuál será la misión específica de cada uno…

—Exacto de nuevo. Serán doce hombres esta vez.

—Entonces ya es seguro que unos cuantos agentes van a ser retirados de Argentina…, de Buenos Aires, concretamente. Y que otros doce ocuparán su lugar. Todos ellos, es decir, nada menos que veinticuatro agentes, van a pasar por el tamiz que representa Travelling.

—Así es. Resumiendo, Brigitte: relevo total en Buenos Aires.

—Bien… Lo entiendo. Es una medida que siempre he considerado prudente y humana. No es fácil para un espía residente estar varios años o meses en un país, siempre con el temor de ser descubierto. Una tensión de meses o años puede perjudicar mucho cualquier corazón humano. Me parece bien ese revelo. Pero me pregunto: ¿qué tiene que ver el hombre llamado Carlos Llamas con el relevo?

—Hemos tenido noticias de que, últimamente, Carlos Llamas se dedica a frecuentar amistades poco… convenientes para la CIA.

—No comprendo.

—En los últimos días Carlos Llamas está llevando una vida… no controlada. Sus movimientos no pueden ser seguidos, ha perdido todo contacto con nosotros, se le ve en lugares que no son de su jurisdicción, como Mar del Plata, Montevideo, Rosario… Incluso ha efectuado un par de vuelos a Santiago de Chile. Todo lo cual no está previsto ni permitido en su programa de trabajo. La conclusión, muy desesperanzadora por cierto, es que debemos temer una traición. Máxime cuando uno de los elementos con los que trata Carlos Llamas ha sido identificado como agente de una potencia enemiga

cuyo nombre no viene al caso… ahora.

La taza tembló un instante en la mano de Brigitte.

—No… no sé si lo he entendido bien, señor. Usted ha dicho que… que debemos temer una… traición.

—Así es.

—Pero… eso significa que… que Carlos Llamas es de los

nuestros…

—Cierto.

Brigitte tuvo que dejar la taza en el platito.

—Espere… Espere —musitó—. ¿Usted me está ordenando que vaya a Buenos Aires a eliminar a uno de nuestros colaboradores argentinos?

—Carlos Llamas no es argentino.

—Pues… Bueno, no importa su nacionalidad. Lo que sí importa es que hasta ahora ha estado colaborando con nosotros, según entiendo. En cuyo caso merece… una cierta consideración, una…

—No merece nada. Atienda bien, Brigitte. Carlos Llamas, con su traición, puede ocasionar que veinticuatro agentes de la CIA, o sea, los que van a ser relevados y sus sustitutos, sean identificados, y,

muy posiblemente, eliminados en masa. Carlos Llamas reconocerá a Travelling, sabrá quién es y qué hace en Buenos Aires… Si su traición se consuma, veinticuatro agentes de la CIA morirán. Para evitar eso nos disponemos a hacer lo siguiente: usted llega a Buenos Aires, mata a Carlos Llamas, e inmediatamente Travelling efectúa el relevo, retirando a los doce agentes que, quizá, ya han sido delatados por Carlos Llamas. Hay que sacarlos de allí cuanto antes…, pero sin abandonar nuestros puestos en Buenos Aires.

¿Lo entiende?

—Sí… Sí, claro…

—El mejor modo es el que le he dicho. Vaya a Buenos Aires y mate cuanto antes a Carlos Llamas. Hecho esto, y con la radio de bolsillo y onda establecida para ese aparato en Buenos Aires, llame a Travelling, quien entonces se dedicará con toda tranquilidad a los relevos… ¿Alguna duda?

—No… Ninguna. Pero ese hombre, Carlos Llamas…, no parece un traidor.

—¿Está hablando en serio, Brigitte?

—Bueno —ella miró las fotografías una vez más—… Ya sé que cualquiera puede ser traidor, o asesino, o embustero, o… Pero es que este hombre parece… fuera de lo corriente, como… como un niño bueno, sin pecado alguno… Se le ve varonil, noble, íntegro…

—Es sólo una fotografía —dijo secamente Cavanagh.

—Claro… Oh, no me tenga por tan tonta, señor… Sé muy bien

que todo lo malo y todo lo bueno se puede esperar de cualquier persona, por honrada o buena que parezca. Pero este hombre…

—Es sólo un hombre.

—Ya sé… Dice usted que no es argentino. ¿Cuál es su nacionalidad auténtica?

—Es norteamericano. Estadounidense, si lo quiere más claro… Nació en Aguadulce, Tejas, hace treinta y seis años exactamente. Su nombre auténtico está en los informes que le he traído, con todo lo demás

Mr. Cavanagh sacó un gran sobre que dejó sobre la mesita sin dejar de mirar a Brigitte, cuya palidez era notable en verdad.

—Pepero, señor, usted me… me está ordenando que… que mate a un compañero nuestro, a un hombre que está ayudando a la CIA…

—No la está ayudando, precisamente. Carlos Llamas forma parte de la nómina de la CIA con el número de clave T12.023. Como es corriente en muchos tejanos domina muy bien el español, y de ahí a dominar el modo de hablar argentino medió poca cosa. Por eso fue enviado allá hace cinco años.

—¡Cinco años! —Casi gritó Brigitte—. ¿Y ahora quieren eliminar a un hombre que ha pasado cinco años, fuera de su patria, sirviendo a la CIA? ¡Dios mío! ¿Por qué?

—Porque hace como un mes y pico las actividades de Carlos Llamas dejaron de gustar a la CIA.

—¡Pero ése no es motivo suficiente para…!

—Brigitte, sé lo que le estoy diciendo… También es duro para mí darle esta orden. Pero quiero que entienda que jamás eliminamos a uno de los nuestros a menos que tengamos la seguridad absoluta de su traición. Y las actividades de Carlos Llamas no dejan lugar a dudas sobre ese particular: es norteamericano, tiene ficha en la CIA, lleva cinco años cobrando el sueldo de ella… Debo señalar que hasta ahora ha sido uno de los mejores agentes que tenemos en toda Suramérica. Pero… Bueno, a veces la ambición pudre a los mejores hombres. ¿No puede comprender eso?

—Sí… Sí, puedo comprenderlo, pero…

—Vaya a Buenos Aires y mátelo. Comprenda que una orden como ésta no se da a la ligera, querida… Él merece morir, por su traición… ¿Alguna duda?

—No… Claro que no. Pero deberíamos concederle una… oportunidad.

—¡Oportunidad! —Casi gritó Cavanagh—. ¿Está loca? ¿Qué clase de oportunidad quiere darle a norteamericano que puede vender…, que sin duda está dispuesto a vender a veinticuatro compañeros de la CIA?

—Es horrible… Sí, horrible. Sin embargo, antes deberíamos hablar con él, sondearlo, interrogarlo, estudiarlo… Es un hombre que…

—¿Un hombre?

—Pues… Bueno…, ¿no es un hombre, quizás?

—Es un espía.

—Claro. ¿Los espías no son hombres, entonces? *Mr.* Cavanagh se puso en pie, fruncido el ceño.

—Querida mía, los espías ni son hombres ni son nada. Usted pregunte al Gobierno de cualquier país. Se escandalizarían si le preguntase qué tal ve su sistema de espionaje. Ningún país… o muy pocos admitirán

tener espías… todo lo más algún que otro modesto contraespía, por aquello de proteger la… integridad nacional. Ninguno admitirá que tiene espías en todo el mundo, aunque, claro, usted y yo sabemos que todos los países tienen espías en todas partes… ¿No se ha enterado del último caso de espionaje del FBI?

—No.

—Bueno… En primer lugar admitiremos, aunque sólo sea entre nosotros —Cavanagh sonrió fríamente–

que el FBI. efectúa muy buenas limpiezas de espías dentro del país. Hace tres días atraparon a uno que…

¿Para quién diría usted que estaba espiando?

—No sé…

—Para Adén, ni más ni menos. ¿No es gracioso?

—No sé… No sé, señor. El espionaje no tiene nunca nada de gracioso, creo. Pero volviendo a lo de Carlos Llamas él es un hombre que merece una explicación, algo…, cualquier cosa…, antes de hacerlo… desaparecer. Un hombre no desaparece… así como así.

—Ya le he dicho que él no es un hombre, sino un espía. Y no podrá desaparecer, por la sencilla razón de que los espías no existen… Y no existiendo, ¿cómo podrían desaparecer?

—Usted… usted habla así… Parece como si hubiese olvidado que hace unos pocos años…

—No he olvidado nada. Los espías no existen, y eso es todo. De modo que Carlos Llamas se esfumará. Nadie lo echará de menos. Nunca ha existido, ¿comprende?

—No me gusta esto, señor —musitó Brigitte.

—¿Se niega a cumplir la orden? —Casi se sobresaltó Cavanagh.

Brigitte quedó pensativa. Podía hacerlo. Sí, podía negarse a cumplir aquella orden, dejar la CIA, ser una simple y auténtica periodista. A veces se sentía cansada.

—No. No me niego a cumplir la orden.

—¿Matará a Carlos Llamas?

—Iré a Buenos Aires —susurró la divina—. Y le aseguro que tendré muy en cuenta que los espías no existen. Buenos días, señor.

Capítulo II

Con una breve escala en Bogotá, Brigitte Baby Montfort, la espía con orden de matar, llegó a Buenos Aires cerca de la medianoche, con un equipaje más bien modesto, pero con su inseparable maletín lleno de aquellos pequeños objetos que en más de una ocasión no sólo la habían ayudado a realizar su labor de espía sino que incluso le habían salvado la vida.

Se hizo llevar Inmediatamente al Hotel La Plata, en la calle Sarmiento, por encima de la Plaza del Congreso, en el cual se inscribió con el nombre de Marina Lucientes, ciudadana mejicana, nacida en Chihuahua. ¿Motivo del viaje? Ninguno especial. ¿Procedencia? Nueva York y Bogotá. No había visto ni siquiera el Pan de Azúcar, pero ya lo vería a la vuelta, pues si todo salía bien pasaría una semana en Río de Janeiro, tomando otra línea de vuelo que pasase por aquella ciudad.

En Nueva York había dejado un frío que empezaba a hacerse notar. En Buenos Aires encontró todo el encanto y la agradable temperatura de la primavera, ya avanzada en octubre. Siempre se gana algo: ella prefería la primavera al otoño. Claro que el otoño también es romántico, pero jamás habría mejor invento en el mundo que el de la primavera. Curioso: el mundo gira, se balancea y se traslada. Como consecuencia se suceden los días y las noches, y además ocurre que, cuando en el hemisferio norte empieza a hacer frío, en el hemisferio sur es plena primavera…

Primavera en Buenos Aires… Mi Buenos Aires querido, ¿cuándo te volveré a ver…? El viejo tango estaba en la mente de Brigitte mientras, pese a lo tardío de la hora, preparaba el baño caliente… Y todavía lo tenía cuando casi a la una y media, descansada por el baño, se acostaba, dispuesta a dormir de un tirón

hasta media mañana. A partir de entonces su mente se aferraría a la idea de que ella no era Brigitte Montfort, alias Baby, sino una

hermosa muchacha de ojos azules nacida en Chihuahua y llamada Marina Lucientes.

Buenas noches, Baby.

* * *

A las doce del mediodía siguiente Marina Lucientes paseaba por Avenida Costanera asomándose al pretil y observando a los argentinos que ya se atrevían a bañarse en las aguas del Río de la Plata.

Brillaban al solo los parasoles multicolores y a la derecha se veían los grandes transatlánticos anclados en

Puerto Nuevo. Al fondo la Torre de los Ingleses.

Sí, ya estaba en Buenos Aires, donde tiempo atrás conoció al Simón que hoy era llamado *Mr*. Cavanagh, y al cual salvó la vida…, pero sin poder evitar que recibiera aquel balazo que lo había dejado cojo…

—Buenos días, Baby.

Volvió la cabeza lentamente, sin darse cuenta de que había en sus labios una profunda sonrisa lejana, nostálgica.

—Hola, Travelling… ¿Todo va bien?

—Parece que sí. ¿Por qué estaba sonriendo?

—Viejos recuerdos.

—¿Viejos? —Casi rió Travelling—. No pueden serlo más que usted… Y usted es cualquier cosa menos vieja.

—Nadie puede detener el tiempo —suspiró la divina—. A este paso dentro de muy poco me veré convertida en una solterona irascible, arrugada, desengañada de todo y de todos. ¿No es triste?

—Y un poco exagerado —sonrió Travelling—. En primer lugar parece que tenga usted no más de veinte años. En segundo lugar, de aquí a que usted empiece a parecer una solterona agriada es posible que ya no quede nadie en el mundo.

—Es usted muy amable —sonrió Brigitte—. Debo decirle que no me pareció demasiado simpático en

Nueva York.

—Tenía prisa. Y… Bueno, hay cosas que no me gustan.

—Entiendo. Supongo que se refiere al hecho de que una chica como yo esté aquí dispuesta a matar a un hombre, fríamente, sin

explicaciones, sin piedad.

—Quizá sea eso. Lo bueno de usted, para este servicio al menos, es que parece incapaz de matar uní mosca. Parece… una de esas dulces muchachas enamoradas de las mariposas, pero que se abstienen del placer de tocarlas por no quitarles el polvillo de las alas, con lo cual ya no podrían volar.

—Es usted muy perspicaz, Travelling. En efecto, ésa soy yo.

—Y, sin embargo, pronto disparará contra un hombre… hasta matarlo.

—¿Quiere hacerlo usted?

—¿El qué? —Se sobresaltó Travelling—. ¿Matar a Carlos?

—Claro. Le aseguro que no va a privarme de ningún placer. Travelling se mordió los labios.

—Perdone… He sido un poco estúpido, pero… Bueno, sucede que Carlos Llamas y yo nos conocemos. Es decir, creo que él puede reconocerme en cualquier instante. Nos vimos una vez, hace cuatro años y medio, en Buenos Aires precisamente. Fue apenas un segundo, pero supongo que él es capaz de reconocerme…

—Lo cual sería… contraproducente. Dígame una cosa, por favor: ¿realmente ese hombre cuyo expediente he estudiado es un traidor a la CIA?

—Realmente y con toda evidencia. Si ha leído todos los informes que *Mr*. Cavanagh le entregó sabrá ya que Carlos se ha estado entrevistando con un hombre que aquí se hace llamar Renato Gaya, y que ni es argentino ni nada de lo que dice, sino un espía al servicio de su país… Ya sabe qué país es ese.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Es todo tan triste… Un hombre tan hermoso, tan inteligente… ¿Dónde está ahora?

—¿Carlos? Supongo que paseando por Corrientes esperando la hora del almuerzo. Vive bien. Como ya debe de saber, aquí pasa por un representante de productos residuales de petróleo venezolano. Lo más gracioso de todo es que… resulta un vendedor competente.

—Muy gracioso —sonrió sólo un segundo Brigitte—. ¿Dónde suele almorzar?

—¿Piensa efectuar ya el contacto?

—No, no… Lo haré esta noche. Es sólo curiosidad. Supongo que usted podrá informarme del lugar donde suele cenar.

—Por supuesto. Es una tratoria llamada La Vieja Pampa, en La Boca. Suele llegar hacia las siete y media o las ocho. Luego va a un cine, o a un teatro. Muy pocas veces va a alguno de los *cabarets* que hay cerca de la Plaza de Mayo, en las calles Nueve de Julio, Florida, Alejandro… Generalmente, no se retira antes de las dos de la madrugada a su piso, en el 2018 de Ribadavia. Espero que conozca usted lo suficiente Buenos Aires para no perderse.

—Yo también lo espero. Es usted muy eficiente, Travelling.

—Oh, no lo he hecho todo yo solo en tan pocas horas. He recibido ayuda, por supuesto.

—De uno de nuestros agentes, claro… ¿No le parece peligroso? ¿Cómo se ha puesto en contacto con él? Travelling se palpó un lado del pecho.

—Con la radio. Un medio seguro.

—Muy seguro —sonrió fríamente Brigitte—… cuando no hay micrófonos de por medio. Imagino que usted habrá pensado en la posibilidad de que, siendo Carlos Llamas un traidor, el agente al que usted ha llamado esté vigilado. ¿Cómo se llama ese agente?

—Pepe Román —dijo Travelling, que había palidecido.

—¿Lo conoce Carlos Llamas?

—Sí… Creo que sí.

—¿A cuántos más conoce?

—No sé. Creo que… precisamente sólo a Pepe Román. Por eso fui a preguntarle a él, utilizando la radio cerca de su domicilio.

—Ha sido un error,

—Eso temo… ahora. Buscaré el modo de relevar lo antes posible a Pepe Román.

—Esa idea ya me gusta más. Usted debe de saber muy bien que en los casos de traición las precauciones siempre son pocas. ¿Algo más?

—No… Por ahora no. Supongo que está alojada en el Hotel La Plata, de acuerdo a las instrucciones.

—Así es. Si precisase algo de mí deje el recado a nombre de Marina Lucientes, ya sabe. Buenos días, Travelling… Oh, un momento: ¿cómo podré yo encontrarlo a usted? ¿Sólo por medio de la radio?

—Sólo por ese medio. Siempre hay que… tener en cuenta la posibilidad de que a usted la atrapen. En cuyo caso…

—Nunca he traicionado a mis amigos.

—Eso tengo entendido. Pero siempre llega un momento de flaqueza, lo sabe muy bien. Tengo entendido que usted ha pasado muy malos ratos, a pesar de lo cual su boca ha permanecido cerrada… Pero no puedo exponerme a mí mismo y a veinticuatro agentes a que esta vez se abriese su boca. Espero que lo comprenda. Somos veinticinco hombres los que podríamos caer, Baby.

—Es muy razonable su actitud. Y además la apruebo porque ya tuve un disgusto hace tiempo por saber demasiadas cosas de un compañero[2], Sin embargo, espero que haya tenido en cuenta que si en determinado momento yo lo necesitase y usted estuviese con su radio fuera del alcance de la mía, yo lo iba a pasar muy mal… Sé que eso no le importa. Pero quizá importe… o le importase lo que tuviese que decirle. ¿No me da un número de teléfono, alguna dirección…?

—Lo lamento. Además, son las órdenes.

—Unas órdenes que me dejan sola en Buenos Aires. Ningún Simón a quien recurrir en caso de apuro.

—Ninguno. Lo siento de veras. Su trabajo es personal e intransferible. Y se supone que no necesita ayuda para llevarlo a cabo.

—Claro… Soy una asesina muy eficiente. Adiós, Travelling.

—Adiós…

Brigitte quedó de nuevo sola en Avenida Costanera.

Una eficiente asesina. Eso había dicho ella misma que era. Y Travelling no había protestado por aquella definición.

¿Era en verdad una asesina?

¿O habían sido mucho más asesinos los hombres a los que había matado?

¿Acaso no era mucho más asesino Carlos Llamas, que quizás estaba dispuesto a vender a dos docenas de compañeros suyos de la CIA?

Todas las cosas tienen una justicia en este mundo. Y ella hacía esa justicia. Un poco brutal a veces, quizá, ya que nadie tiene derecho a matar…

Pero lo malo debe ser exterminado. Se matan diariamente serpientes, lobos, zorras, pumas, tigres…

¿Por qué no eliminar también a los seres de la especie humana

que resulten nocivos para los demás? Esto aparte de que por más que pensaba no veía qué podían tener de nocivos los lobos, las zorras, las

serpientes, los tigres…

* * *

Carlos Llamas apareció poco después de las siete y media, caminando hacia La Vieja Pampa. Era inconfundible de todo punto. Con el detalle a su favor de que en persona todavía resultaba más agradable, más humano, más suave.

Caminaba despacio, con largas zancadas flexibles, poderoso, con una indiferencia parecida a la del león que sabe que nadie se atreverá a molestarlo. Vestía discretamente, pero su innata elegancia era evidente de cualquier modo.

No parecía llevar armas… Por lo menos no se notaba la menor señal de una pistola en ninguna parte de su cuerpo. Lo cual quería decir que confiaba en algo más que en una simple arma mecánica para defender su vida en un momento dado. A su vez esto significaba que la seguridad que Carlos Llamas tenía en sí mismo era absoluta.

Brigitte lo vio, y se apresuró a entrar en La Vieja Pampa antes que él. A los lados estaban las largas mesas en las que los comensales efectuaban sus comidas codo con codo, en un grato ambiente de tipismo que había sustituido el de años atrás, cuando era poco menos que escandaloso, y desde luego peligroso, llegarse al barrio de La Boca…

Baby se dirigió a una de las largas mesas, se colocó tras ella y fue caminando hasta llegar junto al anterior cliente. Todavía no se había sentado cuando Carlos Llamas aparecía en la puerta, con su reposado

ademán, su mirada amable… Un camarero acudió inmediatamente hacia él, sonriendo, saludándolo expresivamente, lo cual ocasionó una sonrisa en los labios del agente de la CIA. Una sonrisa que detuvo por un segundo el corazón de Brigitte Montfort. Una sonrisa profunda, lenta, quizá preocupada, grave…

El camarero decía algo y reía. Brigitte estuvo segura de que hacía una ligera seña hacia ella, y casi adivinó las palabras: «Venga,

le pondré junto a esa hermosa pebeta, señor Llamas». Ojalá fuese cierto, y entonces… Bien, había estado esperando la llegada de Llamas precisamente buscando aquello. Ella se colocaba en la mesa, llegaba él y, lógicamente tendría que sentarse a su lado. Claro que había otras mesas, pero…

Pero no.

El camarero estaba acompañando a Carlos Llamas hacia su mesa. El agente de la CIA se sentó, todavía sin mirar a Brigitte.

—¿Qué le sirvo hoy, don Carlos?

—Asado de tira, churrasco y vino. Gracias, Tomás.

—Siempre a sus órdenes, don Carlos. —Tomás miró entonces a Brigitte, maliciosa la expresión—. ¿Y la señora?

—Yo… yo quisiera… asado de tira, churrasco y… y vino.

El camarero parpadeó; dirigió una velocísima mirada a Llamas, sonrió de pronto, y asintió con la cabeza.

—Inmediatamente.

Se alejó. Brigitte quedó mirando al frente, como quien está muy cohibida. Enseguida empezó a notar fija en ella la mirada de Carlos Llamas.

—¿Mejicana? —preguntó él de pronto.

Brigitte se volvió como si se hubiera sobresaltado, y estuvo unos segundos mirando al apuesto espía. De pronto sonrió tímidamente.

—Sí… Sí señor. ¿Cómo…?

—¿Cómo lo he sabido? Muy fácil. ¿Cree usted que los mejicanos no tienen su modo especial de pronunciar el español?

—Oh, sí… ¡Sí, claro!

—Y su pedido al camarero. Me pregunto qué habría encargado si antes no me hubiese oído a mí.

—¿Se… se ha dado usted cuenta…?

—¡Naturalmente! —rió Llamas—. Cuando me oyó a mí vio el cielo abierto. Estoy seguro de que no tenía ni idea de lo que debía pedir en un sitio como éste.

—Bueno… Es cierto. Creí… creí que no llamaría la atención pidiendo lo mismo que usted. Carlos Llamas volvió a sonreír, y de nuevo tuvo Brigitte la sensación casi angustiosa de que su corazón se detenía.

—Si llama usted la atención no será por eso.

—Perdone, no le entiendo…

—¿De veras? —Casi rió Llamas—. Bueno, le estoy diciendo que es usted muy bonita, señorita… ¿O señora?

—Señorita —se sonrojó Brigitte a propósito—. Me llamo Marina.

—Marina… Es un nombre precioso. Yo me llamo Carlos Llamas Olmedo. Argentino, claro. Pero no abuso do eso de «¡Che, qué macana, qué atorrante sos, pibe…!», y cosas parecidas. Y no sé por qué tengo la impresión de que usted no va llamando «manito» a la gente. ¿Acierto?

Brigitte se echó a reír.

—Bueno… Eso es según las… circunstancias, don Carlos.

—Por favor… Está bien que Tomás me llame don Carlos, pero no usted… Puesto que vamos a cenar juntos puede llamarme Carlos, y estará bien así. Supongo que puedo…

—… Llamarme Marina —volvió a reír ella—. Desde luego, Carlos.

—Magnífico. No la había visto nunca entes por aquí, Marina.

—He llegado hoy a Buenos Aires.

—Ah. ¿Negocios, turismo, asuntos familiares…?

—Placer.

—Placer. Es una hermosa… y peligrosa palabra.

—¿Peligrosa? ¿Por qué? Hasta ahora no me lo ha parecido nunca.

—Quizá porque no se ha metido de lleno en… el placer.

—Bueno, quizá los dos tenemos un concepto diferente sobre la palabra placer… o sobre el placer mismo.

—Sí, es posible. ¿Tiene ya alojamiento?

—Oh, sí.

Carlos Llamas sonrió como distraído.

—Espero que haya sabido elegir bien.

—No elegí yo, sino el taxista.

—¿Y cuál fue su elección?

—El Hotel La Plata, en la calle Sarmiento. —Brigitte vio que el espía norteamericano hacía un gesto de disgusto, y abrió mucho los ojos—. ¿No es buen hotel?

—Regular. Hay sitios mejores en Buenos Aires. Todo depende… Bueno, aparte de que usted no conoce la ciudad también depende de los pesos que pueda gastarse.

—No demasiados —sonrió Brigitte—. Quizás usted me considere

una turista caprichosa, pero le aseguro que no es dinero lo que me sobra.

—Las mujeres tienen mucha ventaja sobre los hombres en esto… Cualquier mujer puede ganar pronto dinero en cualquier sitio. Sobre todo si es hermosa. Espero que no tomará esto de un modo personal. He querido decir…

—Lo he entendido muy bien.

—Me alegro. Marina… ¿qué más?

—Marina Lucientes Valdés, de Chihuahua, Méjico… Me está haciendo muchas preguntas, Carlos.

—Me gusta conocer bien a la gente. ¿Llegó en barco?

—En avión.

—Cómodo sistema de viajar… ¿Tomó el avión en Chihuahua?

—En Nueva York.

Carlos Llamas alzó las cejas, muy sorprendido al parecer.

—¿De veras? Bueno, eso queda muy lejos de Chihuahua, ¿no?

—No más que Buenos Aires. Y aquí me tiene… ahora. El mundo es demasiado grande y tiene mucho que ofrecer para que una persona decida quedarse siempre en Chihuahua.

—Claro —rió Carlos Llamas—. ¡Claro que sí! Estoy pensando… Oh, ahí viene Tomás con nuestra cena. Quizá debo advertirla que resulta un poco pesada esta comida a estas horas.

—Bueno… Como usted la pidió…

—¡Pero yo trasnocho mucho! —volvió a reír él—. Cuando llego a mi cama ha pasado ya tanto rato desde que cené que tengo que comer algo más para no morir de hambre mientras duermo.

Brigitte rió deliciosamente.

—No veo por qué yo debo acostarme más temprano que usted, Carlos. Hubo un rápido parpadeo en aquellos inteligentes ojos pardos.

—Claro… Claro, es cierto. Es muy probable que los dos nos acostemos… a la misma hora.

—¿Por qué no? —musitó Brigitte.

Tomás había dejado ya la bandeja en la mesa, y estaba sirviendo su ración a cada uno. Se retiró en silencio tras una de sus maliciosas miradas a Carlos Llamas. Éste escanció vino para Brigitte, y luego para sí. Junto a Llamas se había ya sentado un hombre robusto, de mejillas rozagantes, lleno de salud, rojizo, que llamó a gritos a

Tomás, el cual volvió dirigiendo ahora una mirada calibradora a Brigitte, que estaba empezando a comer el sabrosísimo asado de tira.

—¿Bueno? —preguntó Llamas.

—Buenísimo —pareció sorprenderse ella—. Bueno de verdad. He tenido suerte al coincidir aquí con usted.

Hubo una fugacísima sonrisa en los ojos pardos.

—La suerte ha sido mía. Generalmente me aburro durante las comidas.

—Pero no por las noches —sonrió Brigitte.

—¿Lo dice porque trasnocho? Oh, simples vueltas por La Boca, Avellaneda, Puente Alsina… Me gusta ese ambiente… espeso. Me distrae. Aunque a veces, no voy a ocultarlo, prefiero pasear por el Norte, o por Corrientes, por el Paseo de Colón… ¿Conoce el Paseo de Colón?

—Estuve allí esta mañana, en la parte llamada Avenida Costanera.

—Ah, sí. Los baños… No me gusta mucho el sitio. Prefiero el agua del mar, transparente, salada, fuerte… ¿Nunca antes estuvo en Argentina?

—No.

—Entonces no conoce Mar del Plata… Es digno de verse. En todos los sentidos. Un mar azul, los casinos, los balnearios de lujo, los yates, las gaviotas… Espero que pronto podré ir allá. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Buenos Aires?

—Pues… Estoy pensando que quizá… Mar del Plata sea tan… interesante como Buenos Aires. Y el dinero se va igual en todos los sitios, según he podido comprobar.

—Sabia filosofía. Quizá pudiésemos… coincidir algún día en Mar del Plata, Marina.

—Quizá. Pero de momento, según parece, hemos coincidido aquí.

—Cierto —admitió Llamas—. Y, por mi parte, estoy encantado. Estaba pensando… que quizás usted acogería con agrado la idea de conocer La Boca, por ejemplo.

—¿Qué es La Boca?

—Bueno —rió el traidor a la CIA—, La Boca es el barrio portuario de Buenos Aires. De momento lo definiré así. Luego estoy

seguro de que usted sabrá definirlo, para sí misma, mejor que yo. Es algo que tiene que verse. Es decir, si usted aceptase venir…

—¿Por qué no?

—Estupendo. Estupendo de veras. Aunque —volvió a reír— supongo que usted sabe que está ya en La Boca, Sólo que podemos esperar un rato para conocerla mejor, más a fondo. Es temprano aún, de modo que podemos cenar tranquilamente… ¿Sabe una cosa?

—¿Qué cosa?

—Al verla, cuando entré, pensé… Bueno, me dije que aquí tenía una linda chica desconcertada y sola, seguramente simpática, que estaba deseando conocer Buenos Aires. Y tengo la impresión de que no me he equivocado.

—Desde luego que no.

—¡Bien! ¿Le gustaría ver cómo se baila de verdad el tango?

—¡Me encantaría!

—Daremos unas vueltas por aquí. Luego la llevaré al *cabaret* llamado El Gaucho. Le gustará, porque… Brigitte asentía con la cabeza, comía, sonreía… Carlos Llamas era un formidable compañero de mesa, ameno, simpático, rápido en sus expresiones, pero siempre suave, amable, sin deslizar ni una sola palabra o insinuación que buscase aclarar del todo la situación… Había encontrado una mujer hermosa que le hacía caso, charlaba, luego saldrían a dar una vuelta… Y eso era todo. Sin perder la compostura, sin variar de actitud, sin adoptar expresiones maliciosas…

Ya estaba hecho el contacto.

Capítulo III

Precisamente una de las atracciones de El Gaucho era la clásica pareja de bailarines de tangos. Había un buen ambiente, muy cargado de tabaco, de risas, de generosos escotes… Pero todo el mundo prestó atención a la pareja de bailarines en cuanto aparecieron. Unos porque habían ido a Buenos Aires a ver justamente aquello entre otras muchas cosas; otros porque eran de Buenos Aires y les gustaba de verdad.

—¿Le gusta? —susurró Llamas.

Brigitte asintió con la cabeza. Estaba mirando la gorra del bailarín, su pañuelo blanco al cuello. Decían que aquello era una especie de baile apache, pero no sabía si la cosa podía definirse así. Lo que sí era cierto es que todavía creían muchas mujeres que existía el «malevo», el chulo que domina en todos los sentidos a una mujer…

Oía el acordeón, y la voz del cantante:

… y un gato de porcelana para que maúlle al amor… Y todo a media luz,

a media luz los dos,

a media luz los besos,

¡a media luz los dos! Y todo a media luz, crepúsculo interior,

a media…

—Yo diría que realmente le gusta —volvió a susurrar Llamas, muy cerca de su oído—. Ése es un viejo tango que nunca dejará de cantarse, igual que La cumparsita, Caminito, Silencio en la noche…

¡Corrientes…,
segundo piso, ascensor…!

—Creo que me estoy poniendo triste —susurró Brigitte

intentando sonreír—. ¿No es una tontería? y una victrola que llora…

—No —susurró Llamas—. No es ninguna tontería, Marina. Pero el tango acabará, se encenderán las luces, dejará de oírse al cantante, y todo seguirá al ritmo actual, trepidante, ligero, alegre por el mismo aturdimiento…

A media luz los besos, a media luz los dos.

Una salva de aplausos subrayó las últimas palabras de Carlos Llamas. Los bailarines estaban saludando, sonrientes, satisfechos. Pero en pocos segundos se apagaron los focos que daban a la pista, y se encendieron las luces corrientes del local…

Los bailarines fueron a una mesa donde tenían algunos amigos, según parecía. Uno de éstos dijo algo y la muchacha que tan magistralmente había bailado se echó a reír, con algún tono de estrépito en su voz aguda…

Brigitte suspiró, desalentada.

—Me resulta tan triste… La misma persona que bailaba al compás de un hermoso amor ahora está riendo…, seguramente porque le han contado un chiste que no será demasiado bueno.

—Y hasta es posible que un poco sucio: todo tiene un lado feo y un lado hermoso.

—¿Las personas también?

Carlos Llamas reflexionó seriamente unos segundos; al final asintió con la cabeza.

—También. Y realmente es triste, Marina. Bueno, yo creo que no es momento para tristezas, nostalgias, filosofías… Hemos venido a divertirnos, ¿no es eso? —La miró profundamente a los ojos y de pronto sonrió de aquel modo que hacía que se detuviese el corazón de Brigitte—. No. No es eso. Yo creo que usted busca… algo más que una diversión… folclórica. Pero me temo mucho que vayamos a donde vayamos

todo será lo mismo. Conozco bien el terreno.

—¿No podríamos encontrar un sitio sincero?

—Yo creo que sí. Conozco uno muy sincero, pero me pregunto si querría ir a él. Ya es tarde, casi las dos…

—¿Hora de dejar de trasnochar?

—Las horas y el tiempo es algo muy curioso. Yo me he preguntado muchas veces si es cierto que a tal hora se debe hacer

esto; a tal hora, lo otro; a aquella hora una cosa también establecida… Eso de dividir la vida de las personas de acuerdo al día, a la noche, al frío, al calor, a las horas…, me parece casi monstruoso.

—Entonces… ¿no le importa trasnochar un poco más?

—Por mí no.

—Por mí tampoco. Por favor, Carlos: lléveme a ese sitio sincero.

—Es mi piso.

—Oh.

Carlos Llamas compuso el gesto de quien sabe que la respuesta iba a ser así: entre sorprendida y recelosa.

—La llevaré a su hotel —propuso fríamente.

—¿No soy digna de su piso?

—Yo creo que sí, pero…

—¿Me lleva allí, entonces?

* * *

No era un segundo piso, ni había ascensor. Pero, sorpresa grata, sí había un gato de porcelana en una repisa. Era un piso más bien pequeño, amueblado de un modo gratamente abarrotado. Había flores de trapo, cuadros, libros, almohadones, un tresillo, una mesita con un juego para tomar mate…

Brigitte entró y se dirigió directamente al gato de porcelana. Cuando se volvió Carlos Llamas había cerrado la puerta y estaba mirándola seriamente, como perplejo, profundamente sorprendido por algo…

La espía acunó el gato en sus brazos, sonriendo, y canturreó:

—Y un gato de porcelana, para que maúlle al amor…

—Sólo que no estamos a media luz —sonrió Llamas, con un esfuerzo evidente.

—Qué lástima…

Él fue a un rincón, encendió una lámpara de pie, y luego fue a apagar la luz. Y entonces sí estuvieron a media luz. Una tenue media luz rojiza, cálida, íntima…

—Tengo una Victrola. Aunque algunas personas dicen «vitrola», tal vez porque les parece más fácil. En cualquier caso, podemos escuchar canciones en ella… ¿Le gustaría…?

—Me encantaría escuchar algunos tangos en este… lugar… y en una Victrola. Y sería maravilloso si usted tuviese A media luz.

—Entonces todo es maravilloso. Canta Carlos Acuña… Supongo que ha oído hablar de Carlos Gardel. Pues bien, Carlos Acuña…

—¡Qué cosas tiene! —exclamó Brigitte, acariciando el gato de porcelana—. ¿Acaso no ha oído usted hablar de Jorge Negrete?

—Claro. He dicho una tontería. ¿De veras quiere escuchar una vez más A media luz?

—De veras.

Carlos Llamas sacó un estuche de discos de la biblioteca, separó uno, y se dirigió a la Victrola que estaba oculta por una funda de cretona. La sacó, colocó el disco, y puso en marcha el vetusto aparato. Todavía no había empezado la música cuando se volvió hacia Brigitte.

—¿Sabe bailar el tango?

—Temo que muy poco… Casi nada. Lo siento. Pero… me gustaría aprenderlo… bien.

Llamas se acercó a ella, la abrazó por la cintura, y la apretó con fuerza contra su pecho. Brigitte se separó, sonriendo…, pero antes de que él pudiese sentirse decepcionado había dejado el gato y vuelto a sus brazos. Alzó como pudo la cabeza, para mirarlo a los ojos.

—¿Empezamos? —susurró.

… y un gato de porcelana para que maúlle al amor…!
Y todo a media luz, crepúsculo interior,
a media luz los besos, a me…

Carlos Llamas había empezado a bailar, llevándola pegada él en los pasos del tango. Pero de pronto bajó la cabeza, Brigitte notó el movimiento, y alzó la suya… Recibió el beso de lleno en los labios, y entonces dejó la mano del agente de la CIA para poder rodearle el cuello con ambos brazos. Cerró los ojos, y mientras besaba y era besada la música se convirtió en algo lejano, de fondo casi irreal… La voz de Carlos Acuña parecía resonar solamente dentro de ella, pero con fuerza…, con una fuerza contenida, suave…

a media luz los besos,

¡a media luz los dos!

Sssssssssssss…

—Carlos…

—¿Qué?

—El disco ha terminado ya.

—Oh, sí…

Él fue hacia el gramófono, llevándola abrazada por la cintura.

—¿Lo ponemos otra vez?

—Nuestra canción —sonrió dulcemente Brigitte—. No. No lo pongamos más esta noche. Todo…, todas las cosas tienen que tomarse con medida. El abuso produce hastío… Y no quiero… hastiarme de ese tango.

—¿Y de mí?

—Tampoco.

—Pero un tango, un disco, una pieza de música, tiene una ventaja sobre mí: puedes oírla o no oírla, según te venga de capricho. En cambio yo siempre estoy funcionando, se quiera o no… Siempre, mientras esté vivo. No puedes… alzar una aguja, o mover un botón y dejar de oírme o de verme. Soy… incómodo.

—Y todo a media luz, crepúsculo interior, a media luz los besos…, a media luz los dos… Carlos, ¿puedo decirte algo?

—Lo que quieras.

—Eres un hombre… nuevo.

—¿Nuevo?

—Para mí. Un hombre de… categoría no clasificada todavía por mí. Un hombre igual a todos, pero diferente a los demás… ¿Te parece una tontería?

—No sé.

—Quiero decir que eres sólo eso: un hombre. Y sin embargo noto en ti y de ti un… aliento especial, un extraño aire que te convierte en un hombre diferente. Muy pronto conozco a los hombres, en cuanto he hablado con ellos, y mejor aún cuando hemos pasado una noche divirtiéndonos por ahí, bailando, tomando un poco de champaña…

—¿Quieres champaña?

—¿También tienes?

—Tengo de todo. ¿Alguna marca especial?

—No —mintió Brigitte—. Cualquier marca es buena para mí.

—Hace tiempo que guardo una botella de champaña francés. No sé si es el mejor, pero lo dicen… ¿Te gusta frío o natural?

—Muy frío, eso sí. Tomar el champaña al natural es como… como quitarle las burbujas.

—Estará frío en diez minutos. Iré a la cocina a ponerlo en…

—Yo voy contigo. Quisiera… no tener que separarme de ti nunca… nunca más, Carlos. Pero no creas que con eso intento coaccionar tu libertad. Sólo quería decir…

—Sé muy bien lo que has querido decir. Vamos a la cocina.

La cocina era diminuta, pero había un magnífico refrigerador. Llamas puso la botella de champaña en el congelador, cuya graduación colocó al máximo.

—Es un piso bonito —musitó Brigitte—. Pequeño, pero muy bonito, íntimo, personal… Supongo que habrás traído a muchas mujeres aquí antes que a mí.

Brigitte captó la ligera vacilación del espía, que por fin inquirió:

—¿Tiene eso importancia?

—La tiene… La tiene para mí y ahora. Pero creo que ninguno puede recriminar nada al otro. ¿No has tenido nunca la sensación de que has estado perdiendo años de vida, de que nada ha valido nada, de que lo que pasó fue mentira, falso, innecesario…, y que todo debería empezar en determinado instante…, ahora, por ejemplo?

—Eso es precisamente lo que estoy sintiendo en estos momentos. ¿Cómo lo has adivinado?

—¿Lo he adivinado? —suspiró ella. Él miró su reloj, bruscamente.

—Las tres menos diez. Las tres, cuando esté frío el champaña. Dos minutos para tomar dos copas… Creo que en mi viejo coche llegarás a tu hotel casi al amanecer.

Brigitte alzó los brazos, rodeó aquel cuello que le producía la impresión de puro acero, y alzó los labios. Su entrenamiento de espía era completo, su dominio perfecto… Podía besar y abrazar a un hombre como si realmente lo amase con todas sus fuerzas. En su dura vida de espía había aprendido mucho más que aquello tan simple… Podía, engañar a Carlos Llamas y a cualquier hombre…

Pero lo más triste, lo más descorazonador y patético, era que a

aquel hombre, a Carlos Llamas, no lo estaba engañando. Ella, Brigitte Montfort, simple personilla con corazón, deseaba realmente quedarse allí…

* * *

Cuando llegó a sus habitaciones del Hotel La Plata estaba esperándola Travelling, y lo que menos se le ocurrió a Brigitte fue la tontería de preguntarle cómo había entrado allí.

Pero sí preguntó:

—¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere ahora, Travelling?

—Noticias. ¿Lo ha hecho ya?

—¿El qué?

El feroz ceño de Travelling se frunció hoscamente.

—Matar a Carlos Llamas, naturalmente.

—No. Todavía no lo he hecho.

—¿No ha podido hacerlo… en toda la noche?

—¿Me ha estado siguiendo?

—Por supuesto. Pero de un modo tan discreto que ni usted misma se ha dado cuenta… ¿O sí se dio cuenta?

—No. Y no tiene por qué seguirme. ¿Acaso la CIA desconfía también de mí?

—Por ahora, no —dijo lentamente Travelling.

—Pues cuando desconfíen me sigue; no antes. Y ahora márchese. Quiero dormir unas horas. Travelling se levantó del sillón, y estuvo unos segundos en silencio, mirando con fijeza a la divina espía.

—No me gusta esto, Baby —susurró—. Ha tenido oportunidad de matar a Llamas. Una oportunidad magnífica. Quiero saber por qué lo ha dejado con vida.

Brigitte señaló hacia la puerta.

—Márchese.

Se desentendió de él, fue al dormitorio, entró en el baño, y abrió el grifo del agua caliente, empezando a llenar la bañera. Cuando se volvió, Travelling estaba en la puerta del cuarto de baño, hosco, casi irritado, Brigitte pasó junto a él saliendo al dormitorio. Recogió unas zapatillas y sus sales para el baño, y regresó junto a la bañera. Vertió las sales necesarias en el agua y se quedó mirando a su compañero de misión en Buenos Aires, que insistió:

—Tiene que matar a ese hombre, Baby. Y pronto.

—Está bien.

—Quiero recordarle que Carlos Llamas puede…

—Mi memoria es excelente. No tiene que recordarme nada respecto a Carlos Llamas. Tampoco espero que tenga la pretensión de querer enseñar su oficio a Baby. Si yo contase esto en la CIA se reirían de usted. Todavía no ha nacido el hombre que pueda enseñarme nada… si yo no quiero.

El agente de relevos de la CIA enrojeció, enojado.

—¡No estoy intentando enseñarle nada! ¡Ni creo que su memoria sea mala! Pero sí quiero recalcarle que usted ha venido a Buenos Aires exclusivamente para matar a Carlos Llamas. Del resto me encargaré yo. Pero, primero, usted tiene que cumplir su parte… No me obligue a ponerme en contacto con Washington. Si no quiere hacer el trabajo dígalo ahora, y otro agente vendrá.

—Completaré yo sola este trabajo.

—¡Entonces, que sea pronto!

Travelling dio media vuelta, salió del cuarto de baño y segundos después Brigitte oía cerrarse la puerta de la *suite*. Acabó de desnudarse, se metió en la bañera, y quedó pensativa… y triste.

Muy triste.

Triste como pocas veces lo había estado en su vida.

Capítulo IV

Unos minutos antes de las siete y media de aquella tarde, bien cobijada en el interior del coche que había alquilado, Brigitte Montfort vio llegar a Carlos Llamas a la tratoria La Vieja Pampa. Igual que la noche anterior, igual que muchísimas noches; según parecía, Carlos Llamas, en efecto, era un cliente habitual de aquella casa.

Llegó en su viejo coche, lo dejó aparcado cerca de allí y apareció a pie, como la noche anterior. Brigitte lo vio entrar en la tratoria…

Salió cuarenta minutos después, siempre tranquilo y tan elegante, flexible, sobrio de movimientos. Se dirigió a su coche, mirando el reloj un par de veces; y luego, con absoluta naturalidad, miró a todos lados… Brigitte se encogió más dentro del coche, asegurándose de que él no podría verla. Y ya lo puso en marcha apenas Carlos Llamas entró en el suyo. Salió del aparcamiento, maniobrando lentamente… Tan lentamente, que cuando estuvo en disposición de rodar con libertad, el coche de Carlos Llamas estaba ya alejándose.

Brigitte se lanzó tras él, y durante más de una hora lo estuvo siguiendo por la ciudad, de un lado a otro, en un largo paseo que no parecía tener otro objeto que ése… Hacia las nueve y cuarto, pareció que Carlos Llamas orientaba el automóvil de un modo más decidido, hacia Avellaneda, por cuyas calles estuvo luego rodando apenas durante diez minutos.

Por fin, detuvo el auto y se apeó, llevando en la mano izquierda un maletín alargado, de piel negra. Encogida dentro del coche alquilado, Brigitte esperó unos segundos antes de decidirse a seguirlo también a pie, lo cual era tan arriesgado o más que haberlo hecho en coche. Carlos Llamas estaba considerado como un buen espía, de fina intuición, y Baby se preguntó si él no sabría ya que ella lo había estado siguiendo en un coche y que ahora lo seguía a

pie.

Llamas dio un par de vueltas por aquellas calles, desconcertando a Brigitte, que ni mucho menos conocía el terreno como parecía conocerlo el supuesto traidor a la CIA. Hasta el punto de que, finalmente, comprendió que ni siquiera sabía dónde estaba con exactitud. Pero sí sabía que estaba tras los pasos de Carlos Llamas y que, por el momento, no perdía la pista.

Tampoco la perdió cuando, de pronto, al pasar junto a un solar vallado, Carlos Llamas, sin perder el ritmo de su ágil caminar alzó los brazos y, dejando el maletín en el borde de la valla, se asió a ésta con ambas manos, se izó en dos segundos y saltó al otro lado.

Visto y no visto.

Veloz, ágil y silencioso como un gato.

Brigitte quedó estupefacta unos segundos. Luego caminó rápidamente junto a aquella valla, hasta llegar al extremo. Miró a todos lados, saltó, se agarró al borde y subió, flexionando los brazos hasta que sólo sus ojos asomaron por el borde.

En las sombras de aquel lugar, vio la silueta de Carlos Llamas, caminando hacia el grupo de casas viejas y oscuras que había al fondo. Se veían algunas ventanas iluminadas y se oía música y maullidos de gatos.

Cada vez más intrigada, y a riesgo de que Llamas la descubriese, Baby acabó de saltar la valla, con tanta agilidad o más que su perseguido. Quedó encogida en el suelo, acuclillada, sin moverse lo más mínimo. Carlos Llamas se movía de modo que era poco probable que lo viesen desde aquellas ventanas, pero sí lo veía ella, fugazmente, apenas una fracción de segundo, de cuando en cuando, mientras se dedicaba a escalar un tejado subiendo por la gruesa tubería sanitaria como si sus manos y pies fuesen ventosas, seguro, sin una vacilación, sin un solo movimiento en falso, o débil.

Iba hacia el tejado, y llegaría allá sin novedad, Brigitte estuvo segura de ello. El maletín iba sujeto entre los dientes del espía, cada uno de cuyos movimientos lo acercaba al tejado como si el camino que estaba recorriendo fuese fácil y llano.

Admirable.

Pero ¿qué se proponía Carlos Llamas? ¿Sería aquél, quizá, su modo de tener entrevistas secretas con el agente enemigo que en Argentina se hacía llamar Renato Gaya?

Por fin, Carlos Llamas llegó al tejado; y, apenas estuvo allí, se tendió en él, se volvió hada el solar y utilizó una diminuta linterna para lanzar un finísimo rayo de luz que estuvo a punto de atrapar a Brigitte. Fue tan rápida, tan repentina la acción de Llamas, que Baby tuvo que comprender que, posiblemente, sólo ella y algún que otro agente de auténtica categoría especial, podía haber estado siguiendo a Carlos Llamas sin que éste se enterase. Y a pesar de eso Llamas era tan cauto que calculaba la posibilidad de que hubiese en aquel momento en Buenos Aires otro agente, amigo o enemigo que fuese capaz de seguirlo, de vigilarlo, escapando a su prudencia, a su cautela…

La finísima raya de luz se movió rápidamente de un lado a otro. Parecía que todo estuviese ensayado, tal era la efectividad de Llamas. En menos de cinco segundos, aquella rayita de luz recorrió los rincones más propicios para esconder a una persona. Incluso pasó un par de veces por encima de Brigitte, que permanecía tirada en el sucio suelo de tierra, de bruces, inmóvil, cerrados los ojos, notando en una mejilla el áspero contacto de la tierra, el mal olor a húmedo y a ratas… Quizá la luz pasó por su espalda, pero el vestido oscuro, para un espectador que, como Llamas, permanecía algo lejos y buscando algo más concreto, no reveló nada.

La pequeña linterna se apagó, pero Brigitte esperó todavía casi un minuto para moverse. Y lo hizo muy despacio, alzando tan lentamente la cabeza que apenas se apreciaba su movimiento, como el de las manecillas de un reloj: constante, pero invisible.

Ya no vio a Carlos Llamas.

Sólo la noche, los recuadros de algunas ventanas iluminadas en tono amarillo, el rumor de una rata corriendo por el solar, asustada, el resoplido de un gato…

Se puso en pie, lentamente, y se fue acercando al pie de la pared que había sido escalada tan fácilmente por Carlos Llamas. Formaba parte de una casa que quizás estaba momentáneamente deshabitada mientras duraban las obras de reconstrucción. Al lado había otra, habitada ésta, también con su grueso sistema de desagües sanitarios…

Sin detenerse a pensarlo, la espía internacional empezó la difícil ascensión… Difícil para cualquier persona de vida normal, pero no para Carlos Llamas. Ni para ella. Sus manitas bien manicuradas,

finas como seda, se clavaban en los rebordes y abrazaderas de las gruesas tuberías, y los lindos pies diminutos fueron encontrando en todo momento el punto conveniente para apoyarse.

Si Carlos Llamas era ágil como un gato, ella era aún más ágil que una linda gatita mimosa. En el más completo silencio, consiguió llegar al tejado… y se pegó inmediatamente a él al ver en el otro tejado la silueta de Llamas, tendido boca abajo, orientado hacia una de las ventanas iluminadas de una casa de enfrente.

Había abierto el maletín, y estaba sacando algo de él.

Brigitte necesitó apenas cinco segundos para saber qué era lo que Carlos Llamas estaba haciendo: montaba un rifle, encajando pieza tras pieza… Piezas que había llevado sueltas en aquel maletín y que ahora, manejadas por aquellas expertas manos masculinas, se estaban convirtiendo en un rifle. Apenas se oía el chasquido de los mecanismos al ser encajadas las distintas piezas.

Y por último, ya montada el arma, Brigitte vio el último componente de ella: un tubo pequeño, que Llamas enroscó en la punta del cañón. Un silenciador de rifle. Cuando disparase, apenas se oiría un leve chasquido, un «plop» apagado.

Pero… ¿contra quién iba a disparar?

Le vio apuntar el rifle hacia una de las ventanas, que, como las demás, estaba abierta, a fin de que el aire, el fresco aire primaveral de octubre, entrase en el piso; al lado había otra ventana, que sin duda pertenecía al mismo piso; luego otra más pequeña, sin duda correspondiente a los servicios del piso.

Brigitte miró su pequeño relojito de oro y brillantes, de pequeña esfera luminosa: las diez menos cuatro minutos. Y al instante comprendió que, lo que tuviese que suceder, sucedería a las diez, hora redonda, hora exacta… Tenía, pues, cuatro minutos de tiempo para pensar.

Pero cuando faltaban diez segundos para que fuesen las diez, todavía no comprendía nada.

Salvo una cosa, que resultaba por demás evidente: Carlos Llamas se disponía a disparar contra alguien.

¿Contra quién?

De pronto, cuando faltaban apenas tres segundos para las diez, una silueta humana, de hombre, se movió dentro del piso, mostrándose por primera vez. Apareció primero en la ventana de la

izquierda, y enseguida en la otra. El hombre, del cual sólo distinguía la silueta, estaba adelantando la mano derecha hacia algo que ella no podía ver; quizás una puerta, quizás un arma…

Desvió la mirada hacia Carlos Llamas, y le vio con la cabeza abatida sobre la culata del rifle silencioso, pegada la mejilla a la madera, apuntando el cañón hacia el otro hombre que extendía su mano…

Plop.

Como alucinada, vio al otro hombre echarse bruscamente hacia un lado, rebotar contra la pared…, casi a punto de caer…

Plop.

El hombre fue lanzado de nuevo contra la pared, pero ya no rebotó con aquella primera energía, sino como un peso muerto. Se le doblaron las rodillas, la cabeza cayó sobre el pecho, los brazos colgaron inertes…

Y justo en el momento en que Carlos Llamas se deslizaba por el tejado, hacia un lado, indiscutiblemente dispuesto a escapar, una puerta se abría justo en el lugar hacia el cual un par de segundos antes el hombre que acababa de morir había tendido su mano… Carlos Llamas se estaba descolgando ya por el grueso tubo de desagüe, con una velocidad en verdad escalofriante, pasmosa… Pero eso casi no tenía importancia ya, ante la sorpresa que tenía paralizada a Brigitte Montfort. El hombre que acababa de abrir la puerta y entraba en el piso era ni más ni menos que Travelling.

Todavía atónita, Brigitte le vio en aquel claro gesto de sobresalto. Luego, Travelling se inclinó, desapareciendo un instante de su línea visual… Sin duda, estaba cerciorándose de que aquel hombre al que había ido a visitar estaba muerto…

Enseguida se incorporó. Se volvió hacia la puerta y la cerró rápidamente, sobresaltado, asustado quizás… Brigitte lo vio mirar a todos lados, entre asustado, desconcertado y furioso. Después, Travelling corrió hacia el interior del piso… Pudo verlo cruzando ante la otra ventana, asomarse a ésta… Miró hada donde estaba la puerta por la que había entrado, y en el acto pasó una pierna por el alfeizar, luego la otra, se sujetó con ambas manos en el alféizar y quedó colgando casi a cinco metros del suelo del patio interior. Se dejó ir y Brigitte lo vio rebotar, con buena fortuna y sabios conocimientos de caídas desde considerables alturas. Rebotó hacia

un lado, rodó por el suelo, se puso en pie inmediatamente y corrió hacia una de las tapias de separación de los patios interiores de los varios pequeños inmuebles… Desapareció, volvió a aparecer en lo alto de la tapia, saltó al lado más cercano a Brigitte… y se encontró en otro patio, de paredes aún más altas, insalvables… Como nunca en su vida, Brigitte tuvo la perfecta visión del hombre acorralado, cercado, apresado entre unas paredes que podían considerarse como sólidas rejas insalvables.

Carlos Llamas estaba salvando ya la tapia del solar, para caer a la calle… Sin duda, correría hacia su coche, entraría en él y se marcharía de allí a toda velocidad…

Pero el que importaba era Travelling.

Ella tenía que ocuparse ahora de Travelling; lo demás, llegaría en su momento oportuno.

Se dejó caer rodando por el tejado, resbaló por el grueso tubo de desagüe y corrió hacia aquella tapia tras la cual esteba Travelling sin ninguna posibilidad de saltarla. Por el lado de Brigitte, la tierra del solar, en montículos, se alzaba en uno de ellos hacia el borde de la tapia. La espía saltó consiguió sujetarse allí y se colocó encima en un segundo, asomándose al interior del otro patio.

—Travelling —susurró—… ¡Aquí!

Travelling volvió la cabeza hacia ella, y sin vacilar un segundo se acercó a la tapia, alzando una mano. Justo cuando se disponía a inclinarse, Brigitte vio aparecer en el piso del hombre asesinado por Carlos Llamas otros hombres, pistola en mano, mirando a todos lados. Uno de ellos se inclinó hacia el cadáver, por supuesto. Los otros dos entraron corriendo en el piso, examinándolo…

El agente de relevos de la CIA había saltado ya, y una de sus grandes manos quedó asida a la muñeca derecha de Brigitte, que parecía tan frágil como la de una muñequita de celuloide. Y, sin embargo, aquella muñequita resistió el peso de un hombre de más de metro ochenta, y el hombre alzó luego la otra mano, al encuentro de la cual acudió la otra de Brigitte. Como una perfecta máquina cuyo funcionamiento hubiese sido escrupulosamente preparado, los fuertes brazos de Travelling se tensaron en una poderosa flexión, hasta que su rostro sudoroso quedó ante el vientre de Brigitte. Luego, las piernas masculinas se movieron hacia un lado, alcanzaron la parte superior de la tapia y, con una flexión de

cintura de Travelling y un hábil movimiento de Brigitte tirando de sus manos, el hombre quedó horizontalmente colocado sobre la tapia.

—¡Salte, Travelling!

Éste se dejó caer en la parte del solar, mientras dos hombres se descolgaban por la ventana del piso, siguiendo su mismo camino. Era evidente que entre dos conseguirían salvar la tapia con facilidad, con el riesgo para Brigitte y Travelling de que estuviesen en aquel mismo solar antes de que ellos hubiesen conseguido llegar a la tapia que daba a la calle.

Brigitte cayó en el solar, junto a Travelling, y señaló hacia la tapia del fondo.

—¡Salte a la calle y espéreme allí! ¡Corra!

—Baby, creo que tres hombres…

—¡Corra! ¡No sea estúpido! ¡Usted tiene algo más importante que hacer aquí de lo que vale mi vida! ¡Corra!

Travelling, agente frío y metódico, comprendió que la muchacha de los hermosos ojos azules tenía razón.

Echó a correr hacia la tapia, mientras Brigitte se tiraba al suelo junto a la tapia de separación del patio y el solar.

Aquélla era otra de las muchas veces en que podía lamentar no estar armada. Pero, en sus relaciones de estudio con Carlos Llamas, no podía llevar su pistolita de cachas de madreperla pegada al muslo con esparadrapo color rosa, ni su maletín lleno de trucos, cosas ambas que un agente de la calidad de Carlos Llamas podía descubrir con cierta facilidad.

Por tanto, sólo disponía de sus manos y su ingenio para detener a aquellos dos hombres que oía ya escalando la tapia de separación entre el patio interior y el solar.

Vio aparecer al primero de ellos, que se descolgó inmediatamente, cayendo junto a la espía internacional.

Ni siquiera tuvo tiempo de saber lo que ocurría, de ver nada… Sólo supo, por un instante, que una mano se apoyó en su nuca y que lo empujó incontenCiblemente hacia la tapia de ladrillos. Su cara se aplastó allí con tal violencia que la nariz reventó en un surtidor de sangre y las dos cejas se partieron contra los ladrillos. Por si esto fuera poco, casi simultáneamente recibió un golpe en la nuca, dado con el canto de la mano, que le privó del conocimiento,

fulminándolo a los pies de la tapia…

Todavía estaba su quejido vibrando en el aire cuando el otro hombre se descolgó de la tapia, se volvió… y durante una fracción de segundo se quedó mirando, atónito, a la hermosa mujer que había ante él. Antes de que consiguiese reaccionar y recuperar la pistola que había enfundado para tener las manos libres al escalar la tapia, había recibido un punterazo en el bajo vientre. Lanzó un chillido, se encogió… y recibió un golpe en la garganta dado con el canto de la mano de Brigitte. Cayó de rodillas, tosiendo, casi desvanecido.

Baby pasó tras él, asió los dos extremos de su corbata y tiró con fuerza de ellos, mientras una de sus rodillas se clavaba rudamente en la espalda del hombre, tras golpear en el centro de la columna vertebral… El hombre se quejó débilmente, pero las manos angelicales de Baby se separaron hacia los lados, tirando de los extremos de la corbata. El nudo se fue cerrando salvajemente sobre la glotis, hasta provocar el desvanecimiento del desconocido. Pero el desvanecimiento era poco para un hombre que había visto, si bien a media luz, el rostro de Baby Montfort… Lamentablemente, tenía que morir, en aquellas circunstancias.

Y así, las delicadas manitas fueron tirando más y más de los extremos de la corbata, hasta que el hombre fue sólo un peso muerto. Lo dejó caer, tendido cara al cielo, y le puso una mano en la carótida.

No había latido. No había nada. Estaba muerto.

—¡Grokan! —Oyó—. ¿Está ahí? ¿Lo habéis visto? ¡Sik! ¿Me oís?

Se separó del hombre estrangulado, echando a correr hacia la tapia que daba a la calle.

El otro hombre, por sí solo, no podría escalar la tapia del patio interior, a menos que buscase algún procedimiento de ayuda. Y, para entonces, Baby Montfort estaría bien lejos… Saltó la tapia con toda facilidad, se encontró en la calle y miró cautelosamente a ambos lados. A unas cuarenta yardas, Travelling apareció de un portal, haciéndole señas. Echó a correr hacia allí, lo tomó de un brazo y tiró de él.

—¡Al coche! ¡Tengo un coche aquí cerca!

No hacían falta más explicaciones. Corrieron los dos, llegaron al coche, y Brigitte lo puso en marcha inmediatamente. Diez minutos

después, lo detenía entre otros dos aparcados cerca de un *cabaret* próximo a La Boca. Paró el motor, suspiró y se volvió hacia Travelling.

—Deme un cigarrillo.

—Son argentinos —musitó el agente de relevos.

—Muy buenos —sonrió la divina—. ¿Por favor…?

Travelling le encendió uno, y otro para sí. Luego se la quedó mirando atentamente.

—Está bien… —Gruñó—. Admito que es usted sensacional, Baby. Y ahora… ¿qué?

—Bueno… Yo diría que me debe usted la vida… ¿No?

—Desde luego. Me habrían cazado en aquel patio si usted no me hubiese ayudado a salir de allí. ¿Y

qué? ¿Espera una medalla?

—A los espías no se les dan medallas, querido. Es más: los espías no existen. De modo que, si lo pensamos detenidamente, ni usted ni yo somos nadie.

—Déjese de tonterías… ¿Qué hacía usted allí?

—Paseaba. ¿Y usted?

—Iba a darle la orden de relevo.

—¿A quién?

—¡A Pepe Román! A veces parece usted tonta… ¿No quedamos en que Pepe Román era el único agente que conocía Carlos Llamas en Argentina y que, por tanto, convenía, apresurar su relevo? Iba a llevarle su nueva documentación, para que mañana saliese del país, hacia Estados Unidos.

Brigitte estaba pálida, pero se conservaba serena.

—¿Es Pepe Román el hombre que usted ha encontrado muerto?

—¡Claro! ¿Acaso no lo sabía? Aunque… me pregunto cómo pudo usted saber que Pepe Román vivía allí, y que algo iba a pasar esta noche.

—Magia —musitó la divina—. Magia Negra, Travelling. Veamos si lo he entendido: usted iba a dar esta noche la orden de relevo a nuestro compañero de la CIA que aquí se llamaba Pepe Román. Es decir, el único agente que Carlos Llamas conoce, motivo por el cual, precisamente para que Llamas no lo delate, conviene alejar pronto de Buenos Aires, de Argentina. Y cuando usted llega…, cuando usted entra en su piso, Pepe Román acaba de ser asesinado con dos

balazos de rifle. ¿*Okay*?

—*Okay* —refunfuñó Travelling.

—¿Quiénes eran aquellos tres hombres que subían detrás de usted al piso de Pepe Román?

—No lo sé. ¡No tengo ni idea! Aunque…

—Aunque es fácil sacar conclusiones, ¿no es cierto? Esos hombres estaban vigilando a Pepe Román, y cuando usted llegó ellos subieron detrás, para atraparlo. ¿Sabía Pepe Román que usted lo visitaría esta noche?

—Claro. Le dije que iría a verlo a las diez en punto.

—¿Por qué medio se comunicó con él?

—Por la radio, con frecuencia establecida para Argentina para radio, de bolsillo… Usted sabe muy bien eso.

—Claro… ¿Se da cuenta, Travelling? Lo que ha ocurrido sólo indica, con toda claridad, que Pepe Román estaba vigilado y que estaban esperando a quien le visitase o se pusiese en contacto con él. Obviamente, hay algún micrófono en su piso, de modo que lo que él habló fue escuchado por quienes estaban esperando que alguien se pusiese en contacto con él. Fue usted, precisamente. Le llamó, concretaron la hora de la visita y luego se presentó. Como ya lo estaban esperando, subieron detrás de usted…, y por poco lo pillan.

—Es algo que hay que agradecer a Carlos Llamas. Dese cuenta del alcance de su traición. Esos hombres matan a Pepe Román y luego me esperan a mí. Quiero aclarar que no soy de piedra, Baby. Imagínese lo que pueden hacerle a un hombre y comprenderá que si me hubiesen atrapado yo no habría podido resistir mucho antes de decirles los nombres de los agentes que tengo que relevar y los de los otros doce que tomarán su lugar en Buenos Aires… ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

—La exterminación de veinticuatro agentes de la CIA.

—Ni más ni menos.

—Pero las cosas han ido de otro modo. Pepe Román está muerto, de modo que nada podrá decir ya. Y

usted, gracias a encontrarlo muerto, ha podido escapar, pues se puso en guardia inmediatamente.

—Claro. Por eso… ¿Qué quiere decir?

—Nada. Nada, Travelling. En cuanto a su trabajo, ya no tiene

que preocuparse por nada. El único hombre al que urgía relevar está muerto, de modo que ya no hay prisa.

—¡No hay prisa…! —Casi gritó Travelling—. ¿Está loca?

—Cálmese. ¿Qué prisa tenemos ahora, vamos a ver? Carlos Llamas ni siquiera sabe quiénes son los once agentes que quedan en Buenos Aires. Y todavía menos sabe quiénes van a ser los agentes encargados de sustituirlos. Todo tranquilo, todo bien, todo perfecto… Cálmese, Travelling.

—Tenemos un trabajo que hacer. Hay que relevar a esos hombres.

—Desde luego —musitó Brigitte—. Pero será cuando yo lo diga.

—Cuando haya matado a Carlos Llamas. No podemos arriesgarnos a otra traición como la que hemos sufrido con Pepe Román.

—Claro… Yo arreglaré esto, Travelling. Ahora salga de mi coche, dese un paseo y regrese a su cubil. Yo le llamaré.

—¿Por la radio?

—¿Hay otro modo? Travelling vaciló.

—No… No hay otro modo. Pero si usted y yo estamos a demasiada distancia…

—Dígame dónde encontrarle y todo será más fácil.

—No.

—Como quiera. Pero recuerde: si cuando le llamo la radio no le alcanza, la culpa será suya.

—Si se mueve por Buenos Aires, llegará el momento en que mi radio de bolsillo captará la señal de llamada de la suya.

—Claro… Sólo falta que yo tenga tiempo y oportunidad para moverme de un lado a otro de Buenos Aires. Una ciudad de casi seis millones de habitantes y algunas de cuyas calles miden algo así como diez millas, o poco menos. Será divertido pasear por Buenos Aires llamándole a usted por los distintos barrios.

—No puedo arriesgarme a que…

—Ya sé, ya sé… Adiós, Travelling.

El agente de relevos se apeó, pero metió la cabeza por la ventanilla.

—Todavía no me ha dicho qué hacía allí, y cómo supo que algo iba a pasar con respecto a Pepe Román.

—Intuición.

Travelling soltó uno de sus gruñidos de enojo.

—¡Qué intuición ni qué…!

—Oh, vamos, Travelling… ¿Acaso no cree usted en la intuición de los espías?

—No.

—Pues hace mal. Le expondré mi teoría acerca de las personas que nos dedicamos al espionaje. Somos como… como pequeñas limaduras de hierro en un plato lleno de serrín.

—¿Qué…?

—Verá: en cualquier ciudad importante, hay espías de todo el mundo, nosotros sabemos eso. Vamos a suponer que esta ciudad es un plato de serrín y que los espías, que somos limaduras de hierro, estamos mezclados con ese serrín. Ahora, si usted pasa un imán por ese plato de serrín, todas las limaduras de hierro se pegarán al imán separándose automáticamente del serrín. Ahora vamos a suponer que el imán, en la vida real, no es otra cosa que aquel suceso que llama la atención de los espías. De un modo u otro, todos nos las arreglamos para estar en el lugar del suceso importante. Es nuestro deber: espiar, enterarnos de todo para luego enviar informes… Y así, resulta que sin querer, los espías, aun viviendo en una ciudad de seis millones de habitantes, estamos siempre en los sitios convenientes curioseando. Nos atrae el imán del suceso, inevitablemente. Y así nos vamos conociendo unos a otros, sospechando unos de otros, porque nos… extraña que siempre que ocurre algo importante veamos a las mismas personas curioseando. Precisamente por eso se quema un espía residente, y hay que retirarlo y poner uno nuevo. Ése es su trabajo, Travelling: retirar a los espías que, a fuerza de tanto estar presentes en los sucesos Importantes, ya sean políticos, científicos, industriales o simples huelgas, se hacen ver demasiado… El espía llega a quemarse porque los otros lo van viendo en tal revuelta, en tal rebelión militar, en tal huelga, en tal manifestación política, en tal o cual reunión de ideales políticos… Fatalmente, se van conociendo unos a otros, debido a eso: a que son limaduras de hierro que forzosamente son atraídas por el imán del suceso importante o trivial. La profesión une a las gentes. Seguramente, yo jamás coincidiré en el despacho de *Mr*. Cavanagh con… un comprador de chatarra, pongamos por caso. Pero le apuesto algo a que cualquier día usted y yo nos vemos

allí. Es inevitable. Del mismo modo que es inevitable que los espías de varios países coincidamos en aquel punto de una ciudad o país donde está pasando algo que puede interesarnos. Y a fuerza de coincidir, nos vamos conociendo, nos vamos quemando, nos vamos… gastando. Entonces, entra en juego usted, y otros como usted. Son provistos de doce documentaciones falsas para los nuevos y otras doce para los antiguos; a éstos, les ordenan volver a casa; a aquéllos los colocan cómo espías residentes en sustitución de los ya quemados. Y se vuelve a empezar. Por eso, no podemos extrañarnos de que, en una ciudad tan grande como Buenos Aires, unos cuantos espías coincidamos en un mismo lugar donde está pasando algo. Los profanos quizá se sorprendan ante este hecho que convoca, sin previo contacto, a veinte agentes de espionaje de otros tantos países en el mismo lugar. Pero usted no se sorprende, ¿verdad, Travelling?

Travelling casi sonrió.

—No ha contestado a mi pregunta, Baby.

—Pero le he obsequiado con una bonita teoría sobre lo que son los espías y el espionaje… ¿O no está de acuerdo con ella?

—De acuerdo por completo. Sin embargo, siempre hay algo que moviliza a los espías hacia ese punto donde ha de suceder algo importante. ¿Qué fue lo que la movilizó a usted?

—El imán —rió quedamente Brigitte—. El imán que me sacó del plato de serrín, querido.

—Usted… está jugando a su modo en este asunto, Baby. Brigitte asintió con la cabeza y puso el motor en marcha.

—Siempre juego a mi modo. La CIA lo sabe…, y hasta ahora no he tenido ninguna queja. El día en que reciba una sola queja me retiraré a cuidar magnolias y escribir novelas de amor. Hasta entonces, no olvide esto: tengo mi propia teoría sobre lo que debe ser el espionaje y trabajo de acuerdo con ella. Y mientras estoy trabajando, jamás doy explicaciones. Sólo al final… Al final, tendrá usted todas las explicaciones que quiera…, si la CIA cree que debe estar al corriente de ellas. Y ahora, si saca su cabezota de la ventanilla iré a mi hotel a cambiarme de vestido, porque tengo una importante visita que hacer esta noche… Ciao, pibe.

Capítulo V

Pero no tuvo necesidad de cambiarse de vestido, ni de ir a hacer aquella importante visita. Apenas

llegó a la conserjería del hotel y todavía sin haber tenido tiempo de pedir su llave, el conserje señaló hacia un punto del vestíbulo.

—Un caballero la está esperando, señorita Lucientes. Está sentado en aquel sillón.

Brigitte se volvió y, si bien normalmente habría sabido contener su reacción, no quiso hacerlo entonces. Por el contrario, convenía mostrar una reacción normal, entre extrañada, alegre, resentida… Tomó la llave y se acercó lentamente al hombre que la estaba esperando y que se había puesto

inmediatamente en pie.

—Buenas noches, Marina.

—Carlos… Creí que… no teníamos que volver a vernos nunca.

Carlos Llamas sonrió de aquel modo tan agradable que detenía por un par de segundos el corazón de la espía.

—Bueno, creo que fui… injusto contigo. —Y añadió al ver que ella no contestaba—: Por favor, Marina, tienes que… olvidar lo de esta mañana. Fui un… un patán, un estúpido. Sé que te ofendí, pero quisiera… quisiera que lo olvidases. ¿Puedes hacerlo?

—No estoy segura.

—Yo… ¿No podríamos hablar en otro sitio más… privado?

—En mis habitaciones —sonrió tristemente ella—. Pero yo no tengo discos con tangos grabados. Ni un gato de porcelana, ni champaña…

—Tienes motivos para guardarme rencor, lo sé. Pero he… reflexionado, y creo… creo que mereces una explicación. Soy un hombre que sabe reconocer sus errores.

—Asombroso —sonrió la divina—. Te aseguro que no es frecuente encontrar hombres que admitan haberse equivocado en

algo. ¿En qué crees tú que te has equivocado?

—Pues… Mira, llevo aquí esperándote desde las diez, y creo que podrías ofrecerme una oportunidad en un sitio más adecuado que este vestíbulo.

Brigitte consiguió no mostrar extrañeza, ni desconfianza. Se limitó a alzar un poquito las cejas y por supuesto, de ninguna manera se le ocurrió que debía decirle a Carlos Llamas que aquello era mentira, ya que ella sabía muy bien que a las diez en punto él estaba apretando el gatillo de un rifle provisto de silenciador, disparando contra un hombre que se hacía llamar Pepe Román y que, como ambos sabían muy bien, era agente de la CIA, igual que ellos dos. Es decir, compañero de ellos. A pesar de lo cual,

Carlos Llamas lo había asesinado desde un tejado…

—¿Desde las diez? —musitó.

—Bueno… Quizás un poco antes. Las diez menos cinco o menos diez, creo que eran. Ella asintió con la cabeza.

—Está bien, Carlos. Subamos a mi *suite*.

Subieron, entraron en ella, Brigitte cerró la puerta y señaló el sofá.

—¿No quieres sentarte?

Pero Carlos Llamas, en lugar de sentarse, se acercó a ella, la abrazó por la cintura y la besó en los labios, de pronto, como el sediento que encuentra un pozo de agua fresca… Luego la apartó y miró sonriente aquellos hermosos ojos azules.

—Marina, he vuelto esta noche a La Vieja Pampa, con la esperanza de que tú también estarías allí. Pero Tomás me ha dicho que no habías ido. Luego, he estado paseando…, pensando… Y he tenido que venir a verte.

Estaba mintiendo.

Era tan obvio, que Brigitte comprendió ya sin ninguna duda que Carlos Llamas tenía su propio juego y que, de algún modo, ella entraba en aquel juego desconocido. La posibilidad de que Carlos Llamas sabía quién y qué era ella en realidad pasó fugazmente por su imaginación. Hasta era posible que él supiese que ella estaba en Buenos Aires para matarlo.

Pero, tras brevísima reflexión, comprendió que él no podía saber tanto. Era imposible. Los espías son inteligentes, sus mentes son magníficamente deductivas…, pero no tanto. Lo que no se ve, no

pueden saberlo. Y no había en ella ni un solo detalle por el que Carlos Llamas pudiese sospechar que era una agente de la CIA enviada a matarlo, a eliminarlo por traidor.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Carlos?

—Nada… Bueno, no es cierto… Quiero mucho. Quiero… Mejor dicho, quisiera que olvidases lo de esta mañana, y que sólo recordases lo de anoche. Quisiera que fueses la misma de antes de que yo dijese aquellas atrocidades y te diese dinero. Quisiera estar siempre a solas contigo, a media luz, y bailar nuestra canción…

—Creo que… no tuvimos tiempo para que yo… aprendiese el tango.

—Las lecciones pueden continuar —la acarició él.

—Eres un hombre… extraño. Hablas como si, de pronto, después de haberme ofendido, te hubieses enamorado de mí.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Me he enamorado de ti.

—Oh, vamos, Carlos… Sólo soy una mejicana que va por el mundo viviendo la vida. De aquí para allá de allá para aquí… Considero que el mundo es muy grande y hermoso, y lo recorro todo, siempre que tengo dinero. Tú eres un hombre estable, con raíces…

—Un hombre no necesita raíces. No es un árbol, Marina. Puede ir siempre de un lado a otro, si vale la pena.

—¿Y crees que conmigo vale la pena ir de un lado a otro?

—Claro que sí. Quizá no quieras creerme… Yo mismo no sé todavía exactamente qué es lo que me ha ocurrido. De pronto, comprendí que te amaba, y vine a buscarte. Eres como… como el paisaje, el lugar que un hombre está siempre buscando, sin saberlo siquiera…, y, de pronto, lo ve. Ve un lugar, un clima, unos árboles, un sol, una tierra, un mar, una playa… Y comprende que tiene que quedarse allí para siempre. Eso me ha ocurrido contigo. Te conocí anoche, cenamos juntos, paseamos, bailamos… Y de pronto, esta tarde, he sabido que te amo.

Brigitte asintió con la cabeza, gravemente.

—¿Y qué piensas hacer? —musitó.

—No lo sé… ¿Qué crees tú que debo hacer?

—¿Te casarías conmigo, Carlos?

—En el momento en que tú lo digas…, siempre y cuando sea después de pasada una semana.

—¿Pasada una semana? ¿Por qué?

—Tengo algunos trabajos que resolver. Espero haberlo hecho dentro de ocho o diez días.

—¿Un trabajo importante?

—Muy importante.

—¿Cuál es?

—No lo entenderías —sonrió él—. Ni creo que ésa sea una conversación adecuada entre nosotros. Nosotros sólo podemos hablar… de nuestro amor, Marina. Lo demás, no importa. Eso creo yo, al menos.

Brigitte suspiró profundamente.

—Estás ofreciéndome demasiado, Carlos —susurró—. Yo también siento un amor triste y pleno hacia ti. No ese amor del flirt que se busca para divertirse uno, no… Es un amor triste, romántico, como si todo se tuviese que deslizar lentamente, con una cierta pena nostálgica, con una… con una alegría dulcemente triste. ¿Lo entiendes?

—Claro —sonrió él, besándola en los labios—. Lo entiendo muy bien, Marina. ¿Me has… perdonado? Los azules ojos brillaron en una sonrisa dulcísima. Brigitte apoyó el rostro en el pecho de Carlos

Llamas, suspirando.

—¿Vas a quedarte esta noche? —musitó.

—No puedo.

—¿Tienes trabajo hoy, esta noche?

—Todavía no lo sé. Debo marcharme, eso sí…

—¿Voy contigo?

—No, no… Estoy esperando una llamada importante esta noche, en mi piso. Si me llamasen, tendría que marcharme y dejarte allí.

—¿Y qué? Estaría mejor que aquí…

—No, no… Prefiero que te quedes aquí. En realidad, anoche no debí llevarte a mi piso. Pero ocurrió que me pareciste tan hermosa…

—Y nadie te llamó —rió Brigitte.

—Por eso temo que me llamen hoy. Es un negocio importante para mí, Marina. Si sale bien, te llevaré, de viaje… Nos iremos lejos de aquí, quizás a Méjico, o a Honolulú, o a París, o a Japón…

—¿Qué habrías hecho si te hubiesen llamado anoche?

—Pues… No lo sé. Desde luego, habría tenido que marcharme. Y tú habrías vuelto aquí. Tendremos

muchos días por delante y para nosotros solos después de pasada una semana, querida… Déjame terminar este negocio, y…

—¿Qué clase de negocio es?

—De petróleos. Soy representante de una refinería venezolana en Buenos Aires, y me dedico a colocar productos brutos y subproductos de baja calidad para ciertos usos de poca importancia…

—No entiendo nada.

—Por eso no te lo explico más detalladamente —rió él—. Pero te prometo un hermoso viaje de luna de miel en cuanto concrete esta operación. Me tomaré unas vacaciones, eso haré…

—Preferiría que te quedases esta noche.

Carlos Llamas apretó nuevamente a Brigitte entre sus brazos, besándola en los labios, lenta, profundamente. Ella subió sus brazos, para rodear el cuello masculino. Fue un beso largo, lento, sincero por ambas partes. Luego, Carlos Llamas la apartó, despacio.

—Tengo que irme ahora —susurró—. Pero volveré junto a ti en cuanto me sea posible.

—Te estaré esperando…

Llamas la soltó definitivamente, se dirigió a la puerta y desde allí le envió un beso con la punta de los dedos. Brigitte correspondió de igual modo, intentando sonreír. Él salió, y ella se dejó caer en el sofá, extrañamente desalentada. Y desconcertada. No podía comprender bien lo que se proponía aquel hombre por el cual, sinceramente, sentía un dulce amor que la asustaba un poco porque sabía que era un amor sincero. Podría dominarlo, llegado el caso. Pero, en aquellos momentos, amaba realmente a aquel hombre de ojos pardos y sonrisa de niño que ha crecido demasiado… Tanto, que era ya un hombre capaz, de vender a veinticuatro compañeros a un servicio de espionaje enemigo.

—Te amo, Carlos —musitó Brigitte—. Pero pronto sabré si eres o no un traidor a la CIA, a los nuestros… Y si lo eres, aun amándote, tendré que matarte…

* * *

Carlos Llamas entró en su piso, cerró la puerta, consultó su reloj y quedó pensativo, fruncido el ceño, preocupado. Encendió un cigarrillo, apagó la luz y se acercó a la ventana. Estaba echando la primera ojeada a la calle cuando sonó el timbre de la puerta del piso.

Dio de nuevo la luz y fue a abrir. Había dos hombres allí, uno de ellos con la cara llena de tiras de tafetán, que no ocultaba del todo los destrozos recibidos, los despellejamientos, los bultos de los hematomas; la nariz aparecía muy hinchada, deformada. En verdad que aquel hombre no parecía de muy buen humor. Pero Carlos Llamas prestó mucha más atención al otro, frunciendo el ceño.

—¿Está loco, Renato? —susurró—. ¿Qué hace aquí?

—Queremos pasar, Llamas.

—Eso puede estropearlo todo…

Pero Renato Gaya, el hombre con el cual había sido visto Carlos Llamas por Pepe Román, entró en el piso, seguido del otro, que había adoptado el nombre de Alberto Simandos; su nombre verdadero era Grokan. Llamas cerró la puerta y se volvió hacia sus visitantes, cada vez más fruncido el ceño.

—Va a estropearlo todo, Renato.

—No insista en eso. Ya hemos tenido un contratiempo… ¿No le ha llamado a usted su agente de relevos?

—No. He estado fuera hasta hace poco. Salí a cenar, di una vuelta, como siempre, y luego fui a ver a una… ¿Qué ha ocurrido?

—¿Su compañero, ese al que ustedes, los de la CIA, llaman Travelling, no ha venido por aquí, no le ha llamado?

—No.

—¿Ni sabe cuándo vendrá?

—Claro que no. ¿No puedo saber lo que ha ocurrido?

Renato Gaya y Alberto Simandos se miraron. El primero tenía el ceño fruncido amenazadoramente.

—Han matado a Pepe Román. Justo y precisamente cuando un hombre le visitaba. Alguien disparó contra Pepe Román desde un tejado, según creemos. Alguien que luego ayudó a su visitante a escapar…

¿Cree que esa persona que visitaba a Pepe Román sea Travelling?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —Gruñó Llamas.

—¿Tampoco se le ocurre quién pudo ser la persona que eliminó a Pepe Román desde un tejado y luego ayudó al otro a escapar?

—Tampoco…

—Pues mataron a Sik…, a Lucas Muñeiro, para usted. Y dejaron atrás un cadáver que ya no nos sirve para nada y el de Lucas. ¿Dónde dice que ha estado usted?

—¿Qué está tratando de decir, Renato?

—No sé… No acabo de fiarme de usted. Si por mí fuera, ya habría solucionado todas mis dudas respecto a usted, Llamas. No me gusta eso de su traición a la CIA. No me convence, para ser más exactos.

—¿Qué más quiere que haga? ¿Que escriba a la CIA preguntándoles todo lo que ustedes quieren saber?

—Ahórrese las ironías. No me gustan.

—Váyase al demonio… Les he dicho mi verdadero nombre, cuánto hace que estoy en Buenos Aires sirviendo a la CIA, les tengo contratada la entrega de Travelling en cuanto él venga a relevarme… ¿Qué más quieren?

—Creo que da muy poco a cambio de diez millones de pesos…

—No quiero discutir con usted, Renato. Váyase de aquí, déjeme en paz. Vuelva a vigilar a esos agentes de la CIA que tienen localizados… Y si tiene algo que decirme, dígalo ya.

—Sólo quiero saber lo que usted ha estado haciendo esta noche, dónde y a qué horas.

—Cené a las siete y media… Salí de La Vieja Pampa a eso de las ocho y cuarto, más o menos. Estuve paseando, como siempre, y luego fui al hotel La Plata, donde tenía que hablar con una mujer… Cosas personales.

—¿A qué hora llegó al hotel de esa mujer?

—Serían las diez, o las diez menos cinco.

Renato Gaya y Alberto Simandos volvieron a mirarse…

—Está bien, Llamas… ¿Cómo se llama ella, esa mujer?

—Marina Lucientes. Una turista mejicana que llegó anteanoche a Buenos Aires.

—Pues veremos si…

Renato Gaya calló bruscamente al oír la llamada a la puerta. Sacó la pistola, igual que Simandos, y los dos fueron hacia la cocina, señalando con la pistola hacia la puerta. Carlos Llamas fue a

abrir, y se quedó mirando al hombre que había llamado.

—¿Qué desea…?

—Déjelo pasar —oyó la voz de Renato—. Es amigo nuestro. ¿Te has puesto en contacto con ella, Marcos? El recién llegado asintió con la cabeza y señaló a Llamas.

—Quiere verlo a él. La avioneta le está ya esperando.

—Ya lo ha oído, Llamas —susurró fríamente Renato—. Marcos le llevará a donde está la avioneta y lo llevará junto a ella.

—Y eso no le gusta, ¿verdad, Renato? ¿Por qué no se lo dice a ella? ¿O prefiere que sea yo quien le diga a Sofía que usted tiene celos de mí?

Renato apretó las mandíbulas, pero sólo dijo:

—Marcos le llevará a la avioneta. Buen viaje. Vámonos, Alberto.

* * *

Aun a riesgo de que Carlos Llamas la llamase al hotel, y supiese que ella había salido, Brigitte Montfort siguió al traidor de la CIA hasta su piso. Supo que él estaba allí cuando se encendió la luz. Muy poco después, llegó un coche del cual se apeó un hombre que entró en el mismo edificio que Carlos.

Y poco después salían dos hombres, que fueron directamente a un coche estacionado muy cerca.

Uno de aquellos hombres llevaba la cara llena de tafetanes, y Baby comprendió muy pronto que era el que ella había golpeado contra la pared.

Lo cual la desconcertó todavía más… Ya que, aparentemente, aquel hombre y el otro que iba con él habían hecho una visita más bien amistosa a Carlos Llamas. Lo cual quería decir que debían de estar juntos en el asunto. Pero entonces…, ¿por qué Carlos Llamas había asesinado a escondidas de ellos al agente de la CIA llamado Pepe Román?

Puso el coche en marcha cuando oyó el motor del otro coche. Pero ni siquiera llegó a moverlo un centímetro, porque en aquel momento del portal salían Carlos Llamas y el hombre que ella había visto llegar antes.

No comprendía nada.

Bien cierto era que el espía suele ser inteligente, y ella lo era

mucho. Pero no era adivina, y, por tanto, se sentía muy intrigada. Vaciló un poco respecto a cuál de los dos coches seguir, pero se decidió por el que llevaba a Carlos Llamas. El otro coche salió primero, el que conducía el hombre de la cara aplastada contra la pared. Luego, el que llevaba dentro a Llamas… Y después ella salió detrás de éste. Era de esperar que tarde o temprano iría comprendiendo las cosas.

El coche en el que iba Carlos Llamas iba a muy buena marcha. No tardó en llegar a Avenida de Mayo, pero Brigitte ni siquiera prestaba atención al camino. Lo que le interesaba era el destino de aquel coche, no el camino. Y, por supuesto, no creía en absoluto que aquel hombre que había salido con Carlos de la casa tuviese nada que ver con residuos y subproductos de petróleo…

Veinte minutos después, de pronto, Brigitte se sobresaltó, al comprender que Carlos Llamas y el otro se le iban a escapar. Se dirigían hacia el aeropuerto, estaba segura de ello.

Y así fue.

Dejó el coche un poco alejado del otro, vio apearse a los dos hombres y alejarse del *parking*, en dirección a las pistas nacionales. Se apartaron un poco de éstas, ahora en dirección a las deportivas, donde se veían varias avionetas y algunos helicópteros. Brigitte empezó a mirar a todos lados, desesperada, en busca de una solución. No podía permitir que se le escapasen con tanta facilidad… Pero las avionetas estaban a la vista de algunos empleados del aeropuerto, y era seguro que no podría robar ninguna. Y en caso de hacerlo, Carlos Llamas, por fin, tendría que darse cuenta de que le estaban siguiendo…

Se quedó mohína, como clavada en el suelo, viendo el brillo de aquella hélice que comenzó a girar con fuerte impulso. La avioneta deportiva, blanca y azul, comenzó a rodar hacia el extremo de la pista, cada vez más velozmente; se zarandeó un poquito cuando las ruedas dejaron de tocar el suelo. Luego, raudamente, con alegre vuelo, se alzó cada vez más, hasta perderse en la oscuridad de la noche, convertida únicamente en tres luces: amarilla, verde, roja, que iban titilando como cercanas estrellas.

Y ni una sola posibilidad de robar una de aquellas avionetas que la rodeaban. Podía hacerlo, desde luego; era rápida y sabía que podía poner en marcha una avioneta y emprender el vuelo, antes de

que nadie tuviese la idea de preguntarle quién era y qué se proponía. Pero, en el acto, se cursaría aviso del robo, la torre de control empezaría a radiar a los aviones en vuelo, sería avisada la policía…

Y, sin duda, la avioneta en la que iba Carlos Llamas captaría el mensaje radiado…

Entre deprimida y malhumorada, la espía más audaz del mundo regresó al coche que tenía alquilado. Se sentó, fruncido el ceño, y de pronto abrió el bolsito, sacó el paquete de cigarrillos y tiró de uno de ellos.

—Baby llamando a Travelling —refunfuñó—. ¿Me oye, Travelling?

No hubo respuesta. Lo cual quería decir que sus radios de bolsillo estaban separadas por más distancia de la que podían alcanzar. Y eso la puso de peor humor, al tiempo que pensaba que ya era hora de que solicitase en la CIA una de aquellas nuevas radios diminutas cuyo alcance rebasaba las treinta millas…

Llamó media hora después, entrando ya en la ciudad, pero tampoco obtuvo respuesta. Y volvió a llamar diez minutos más tarde, ya más hacia el centro de la ciudad.

—Baby a Travelling… ¿Me está oyendo?

—La oigo, Baby. ¿Qué ocurre?

—Carlos Llamas se me ha escapado. Estuvo en mi hotel, conversamos de cosas personales, y luego dijo que se iba a su piso; salí tras él un minuto después, supe que estaba allí, y…

Explicó rápidamente lo que había visto, pero sin mencionar en modo alguno el hecho de que había sido

Carlos Llamas quien había matado a su compañero Pepe Román.

—Mala suerte —comentó Travelling—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. ¡Ojalá hubiese seguido al hombre de la cara rota…!

—No es momento de lamentaciones. Y todo estaría ya solucionado si hubiese matado anoche mismo a

Llamas. Espero que admita eso.

—No sabemos lo que habría ocurrido si anoche yo hubiese matado a Carlos. Y no me critique: no me gusta.

—Está bien… ¿Tiene alguna buena idea?

—No. Hemos perdido todas las pistas. Lo único que podemos

hacer es esperar la vuelta de Carlos

Llamas.

—Eso, suponiendo que él no haya sabido algo… y que no piense volver jamás a Buenos Aires.

—Volverá —musitó Brigitte—. Yo sé que volverá a buscarme…

—No sea infantil, Baby. ¿Cree que él la ama?

—Igual que yo a él.

—¡¿Está loca?! —chilló Travelling—. ¿Qué demonios está diciendo? Escuche, no estamos jugando al amor, sino al espionaje, a la muerte.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—¡Pero…! Mire, nena, usted me está fastidiando con ese modo tan personal que tiene de hacer las cosas que sólo pueden hacerse según los cánones, las reglas estrictas del espionaje. Hay que matar a un hombre,

¡pues se le mata! Y eso es todo. Nada de juegos de amor donde se está jugando a la muerte. Oiga una cosa: vaya a su hotel y espéreme allí. Llegaré enseguida, y entre los dos buscaremos el modo de arreglar la situación.

Capítulo VI

Brigitte entró en sus habitaciones del hotel La Plata, cerró la puerta, dio la luz y se volvió…

Se quedó paralizada al ver a aquel hombre en la puerta de entrada al dormitorio, apoyado en el marco de la puerta, con una soberbia pistola en su mano derecha, apuntándola.

—Buenas noches, Marina Lucientes. ¿Lindo el paseo?

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mis habitaciones?

—Curioseando… Y fíjese lo que he encontrado.

Alzó la mano izquierda, que había mantenido detrás del cuerpo. Brigitte se mordió los labios al ver su maletín de viajes en misión de espionaje.

—Haga el favor de devolverme eso y marcharse, si no quiere que avise a la policía…

—No sea estúpida, señorita Lucientes —gruñó el hombre—. Sé muy bien que los espías nunca llamamos a la policía, en ningún caso. Salvo que recurramos a algún truco en que la utilicemos en nuestro provecho… Ahora venga al dormitorio, póngase de cara a la pared, con los pies hacia atrás, las piernas separadas y las manos apoyadas muy altas en la pared. Estoy seguro de que me entiende.

Brigitte asintió con la cabeza. Sabía que aquel hombre era tan capaz de matarla como de encender un cigarrillo. Además, era el que había estado en la casa de Carlos Llamas con el hombre de la cara rota contra una tapia… Entró en el dormitorio y se colocó de acuerdo a las órdenes de su indeseado visitante.

Las manos de éste recorrieron su cuerpo, sin respetar nada…, hasta el punto de que encontró la pistolita de cachas de madreperla que aquella noche había decidido llevar la divina espía. La arrancó de un tirón, se la guardó en un bolsillo y tiró de los cabellos de Brigitte hacia atrás sacándola del dormitorio.

—Vamos a por el bolsito que tan astutamente ha dejado en la

salita, señorita Lucientes.

Llegaron junto a la mesita, y Renato Gaya tiró a Brigitte rudamente al sofá. Cogió el bolsito, lo abrió con la mano izquierda y estuvo palpando su contenido. Cuando sacó la mano, sostenía en ella el paquete de cigarrillos que contenía la radio de bolsillo

—¿Un cigarrillo? —ofreció, sarcástico.

—No, gracias.

—Oh… ¿Por qué no, señorita Lucientes? Quizás esté usted muy nerviosa, y un cigarrillo…

—No estoy en absoluto nerviosa, señor.

—Magnífico… Magnífico, magnífico, porque así nos entenderemos bien. Me gusta conversar con personas que conservan la calma. En primer lugar le diré que vine a hacerle unas preguntas, pero como no estaba me dije que quizá sería interesante entrar aquí y examinar cosas que pudiesen darme… ideas reveladoras sobre su personalidad. ¡Y vaya si encontré cosas! Desde cigarrillos que lanzan chorritos de humo y fuego y chispas, hasta una polvera que tiene, debajo del espejito, una carga de explosivo plástico con dos mechas y un diminuto detonador… Un bolígrafolinterna, una boquilla preciosa que puede disparar dardos envenenados, una barrita de carmín…, la base de cuyo estuche es un oído mágico magnético… Espero que sea una espía lo bastante inteligente para admitir eso: que es una espía. ¿Lo es, señorita Lucientes?

—Usted está loco.

—Creo que es usted quien está loca. ¿Qué se proponen usted y Carlos Llamas?

—¿Carlos…? ¿Qué tiene que ver él con usted?

—Me interesa saber lo que tiene que ver con usted. ¿Desde cuándo están en tratos, cuál es el plan que tienen?

—Casarnos. Oiga, conocí anteanoche a Carlos, y no tengo que darle explicaciones a usted sobre…

—¿Estuvieron juntos esta noche?

—No. Yo fui…

—Pero se vieron.

—Sí. Yo volvía de cenar y dar un paseo, y él estaba…

—Esperándola. ¿A qué hora volvió usted?

—No sé… Las diez y media, quizás.

—¿Cuánto hacía que la esperaba él? ¿Cinco minutos?

—No —musitó Brigitte—. Más tiempo. Media hora, por lo menos.

—¿Cómo lo sabe, si usted no estaba aquí?

—El conserje me lo dijo. Carlos estaba esperándome en el vestíbulo desde las diez, o quizá un poco antes. Mire, señor, su actitud no…

—¿De dónde venía usted ahora?

—De pasear. Me encanta pasear de noche en primavera.

—¿Sí? Pues va a quedar muy complacida, señorita Lucientes. Fíjese bien en lo que voy a decirle vamos a salir los dos de aquí. Yo iré detrás, llevando su maletín, su pistolita, su… paquete de cigarrillos, y con mi pistola en la mano, dentro del bolsillo. Usted se limitará a caminar delante de mí, sin alterarse, con naturalidad. Cuando estemos en la calle, se volverá a mirarme. Yo le señalaré un coche, usted entrará en él, y eso será todo. Y entonces daremos un largo y bonito paseo. ¿Lo ha entendido?

—Eso es un rapto. La policía…

—Camine hacía la puerta —cortó secamente Renato Gaya—. Y supongo que sabe muy bien que la mataré si hace algo que no sea lo que yo he dicho. Camine. Ya, sin hablar más.

* * *

Abajo, en el vestíbulo, ya camino del ascensor, Travelling se detuvo en seco el ver aparecer a Brigitte. Ella también le vio a él, pero desvió enseguida la mirada y continuó caminando hacia la puerta. Travelling vio también al hombre que iba detrás de la espía, pero al mirar a ésta supo que ella no deseaba su intervención directa, por el momento.

Los vio salir a la calle, esperó apenas cinco segundos y salió detrás, caminando con toda naturalidad hacia el coche que también tenía alquilado desde su llegada a Buenos Aires. Se metió dentro cuando lo esaba haciendo Brigitte en el otro, dio el contacto, encendió un cigarrillo, mirando por el retrovisor, y cuando vio que el otro coche se ponía en movimiento, lo imitó.

* * *

Ya fuera de Buenos Aires, viajando hacia el sur, Renato Gaya ordenó:

—Vuélvase en el asiento de espaldas a mí. Sin rechistar.

Brigitte obedeció. Sabía lo que iba a suceder, pero eso no la preocupaba demasiado ahora. Al contrario, la tranquilizaba. Cuando se piensa matar a una persona, no se la golpea antes en la cabeza con una pistola… Se la mata, y ya está. Entonces, si aquel hombre pensaba golpearla, era que querían llevarla a algún sitio que ella no debía conocer. Seguramente, la atarían también, utilizando el esparadrapo color rosa que ella llevaba en su maletín… La querían viva. Querían llevarla viva a algún lugar desconocido, hacia el sur… Allí la interrogarían adecuadamente… Y quizá pudiese ver todavía una vez más a Carlos Llamas antes de que la matasen…

¡Clock!

Le dieron de lleno en la cabeza, y quedó desvanecida.

Y, efectivamente, Renato Gaya la ató de pies y manos con tiras de esparadrapo color rosa. Lo hizo hábilmente, de modo que Brigitte parecía una mujer que va de viaje y ha decidido dormir un rato, recostada en el asiento…

—Parece que nos sigue un coche —advirtió de pronto Simandos, manos al volante, mirando por el retrovisor.

Renato se volvió y, en efecto, vio las luces de un coche tras ellos. Pero no debía de seguirlos, porque los estaba alcanzando… Y cuando lo hubo hecho continuó adelante a toda velocidad, hasta perderse de vista.

—Tranquilo, Alberto —recomendó Renato—. Ya ves que no nos seguía. Ni creo que pueda hacerlo nadie ya, pues no veo ningún coche detrás. De modo que conduce tranquilo, y cuando te canses te relevaré…

Son casi cinco horas de viaje.

* * *

Travelling había detenido el coche a un lado de la carretera que desde Buenos Aires llevaba a Mar del Plata. Tenía todas las luces apagadas, y se había asegurado bien de que el coche quedaba perfectamente oculto.

Poco después veía pasar el coche en el que viajaba Baby. Esperó unos segundos y salió a la carretera, sin encender las luces del coche.

Sí, tenía muchos trucos para emplear. Y estaba dispuesto a no perder de vista aquel coche más que durante los intervalos que fuesen necesarios en sus trucos para despistar o disimular.

Una cosa era segura: él llegaría a donde quiera que aquellos hombres llevasen a la agente Baby. No es buen negocio raptar a un espía.

Capítulo VII

El automóvil se detuvo delante de la casita junto a la playa. No se veía ninguna luz en su interior, y cuando el chófer apagó todas las luces del coche, sólo la luna iluminó aquel bello escenario, el frondoso jardín, los copudos árboles, el caninito de grava… Se oía el rumor del mar, y se veían al fondo las plateadas crestas de las olas, quizá todavía un poco altas…

—Hemos llegado —dijo Marcos, sentado junto a Carlos Llamas.

—Ya lo sé.

El chófer ya se había apeado, y caminaba hacia la casa. Cuando Llamas y Marcos caminaban hacia

allí, ya había llamado, y cuando llegaron la puerta se había abierto, dejando salir un raudal de luz hacia la romántica explanada bordeada de flores y árboles.

Un hombre estaba en el umbral, mirándolos.

—Hola, Gino —saludó Marcos—. ¿Y Sofía?

—Durmiendo. Son casi las dos de la madrugada, ¿no?

—Sí, pero…

—Ella dijo que la despertara cuando llegaseis. Pasad al saloncito. La llamaré. Ve a dejar el coche en el garaje, Raúl, y luego vuelve. Te dejo la puerta abierta.

—Está bien.

El chófer que había recogido a Carlos Llamas y a Marcos en el aeropuerto de Mar del Plata fue a cumplir la orden, y el llamado Gino fue hacia los dormitorios, mientras Marcos y Carlos se dirigían al saloncito. Carlos dio la luz, y sin impresionarse en absoluto ante aquella maravilla de gusto, lujo y confort, fue hacia uno de los sillones, se dejó caer en él y encendió un cigarrillo, mirando distraídamente los cuadros… Marcos quedó en la puerta, apoyado en el quicio, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando fijamente a Carlos Llamas, que no le hacía el menor caso.

Apenas dos minutos más tarde, una hermosa mujer de cabellos rubios y ojos azules entraba en el saloncito, ataviada con un salto de cama azul, vaporoso, elegantísimo, que realzaba su magnífica belleza. Debía de tener unos treinta años, quizás un par menos. Sus hermosas manos, blancas y rosadas, estaban ordenando graciosamente los rubios cabellos, pero se tendieron en seguida hacia Carlos Llamas, que se puso en pie rápidamente, correspondiendo a aquella dulce sonrisa femenina con una suya, de aquellas que detenían el corazón de Brigitte Montfort.

—Carlos, querido… Me alegro de verte.

Llamas tomó ambas manos y las besó. Luego se quedó mirando sonriente a la hermosa mujer, como quien está pensando que no merece tanta dicha.

—Me han traído aquí por una estupidez de Renato, Sofía… Pero me alegro… Me alegro mucho. Hace un siglo que no te veo.

—Sólo seis días —rió encantadoramente Sofía Paluzzi—. ¡Pero me gusta que te parezca un siglo! Ven, siéntate a mi lado, Carlos, en el sofá…

Se sentaron en el sofá, muy juntos, sin que Carlos hubiese soltado todavía las manos femeninas… Lo cual parecía tener un poco enojados a Gino y Marcos.

—Han matado a Pepe Román —musitó Llamas—. Y Renato cree que yo tengo algo que ver en eso. No confía en mí, ése es el resumen de todo.

—Sé algo de lo ocurrido. Marcos me lo contó cuando llamó por la radio desde Buenos Aires… ¿Has tenido buen viaje?

—Muy bueno…, porque no podía olvidar que venía a verte.

—Eres tan galante —sonrió Sofía—. Eres un hombre encantador, Carlos. A veces, pareces un poco niño… Un niño bueno, sí… Pero sé que eres… un hombre.

—Y tú una mujer —sonrió él—. Los dos sabemos muy bien a qué atenernos uno con otro. Respecto a Pepe Román, alguien lo mató, y ayudó a escapar a un hombre que en aquel momento visitaba a Román… Eso es lo que me ha contado Renato. Y quiero advertir…

—¿Dónde está Renato?

—Quiero advertir que no debió ir a mi piso, Sofía.

—Desde luego, eso fue una imprudencia. ¿Dónde está?

—Se quedó en Buenos Aires.

—¿Por qué?

—Porque quería visitar a una mujer…

—¿En momentos como éste? —exclamó Sofía Paluzzi.

—Bueno… Aquella mujer tenía la coartada para mí. Es la única persona que podía decirle a Renato que a la hora en que mataron a Pepe Román yo estaba en el vestíbulo del hotel de esa mujer, esperándola. De modo que no pude ser yo quien mató a Román.

—¿Quién es esa mujer, y qué tienes tú que ver con ella, Carlos?

—Es… Bueno, es una mejicana que conocí hace un par de noches en La Vieja Pampa… Ella fue allí a cenar, charlamos, luego estuvimos bailando y recorriendo *cabarets*…

—¿Y qué más? —susurró Sofía.

—Bueno… Ella es muy hermosa. Me pareció que podía salir con ella también esta noche… Fui a buscarla, pero no estaba, y… la estuve esperando.

Sofía Paluzzi se mordía ligeramente sus bonitos labios sonrosados.

—¿De modo que has buscado… la compañía de otra mujer?

—Pues… Bueno, lo intenté, sí… Quizá estaba un poco despechado contigo, Sofía. Y no tenía ni idea de que pronto podría volver a verte.

—No hablemos más de eso —musitó Sofía—. Será mejor que nos dediquemos a aclarar la muerte de Pepe Román. Es de suponer que el hombre que lo visitaba era Travelling, vuestro agente de relevos de la CIA, de modo que, por esta vez, Travelling se nos ha escapado. Y es a él a quien queremos, Carlos.

—Ya lo sé.

—Por ese hombre y por todo cuanto podamos saber gracias a él, te vamos a pagar diez millones de pesos. Es una buena cantidad y creo que merece una eficacia mucho mayor por tu parte. A veces, incluso he pensado que nos estás engañando, que un hombre tan poco… efectivo no puede ser un agente de la CIA.

—¿Tú también desconfías de mí? —sonrió Carlos.

—No sé. Te conocí hace dos meses, me fuiste simpático, luego descubrí sin querer que eras de la CIA…, y tú te sorprendiste mucho cuando te hice cierta proposición…

—Lo que menos podía imaginar yo es que la linda muchacha que había abordado en el Salón de Primavera era una espía… O

mejor dicho: la espía jefe de un grupo establecido en Buenos Aires. En circunstancias normales, creo que te habría enviado como obsequio a mis jefes de Washington, pero… Además, tú, que habías descubierto mi personalidad de agente de la CIA antes que yo la tuya, no me perjudicaste, seguiste saliendo conmigo. Eso me hizo comprender que quizá te habías enamorado de mí… como yo de ti. Pero cuando me dijiste la verdad, que tú también eras una espía y que tenías que proponerme algo, y mencionaste diez millones de pesos…

—A veces —suspiró la bella Sofía— pienso que fuiste tú quien me localizó primero a mí, que supiste que yo era una espía enemiga de la CIA, y que me abordaste, te acercaste a mí para infiltrarte entre nosotros y destruirnos. Sería una jugada maestra, digna de tu condición de agente norteamericano.

—¿Estás diciendo que yo descubrí tu personalidad de espía antes que tú la mía, y que quise entrar en contacto contigo, y que luego simulé asombrarme cuando dijiste ser una espía?

—Algo así, Carlos.

—Claro… Tuvo que ser así. Soy tan imbécil, que además de semejante pueril patraña, permití que descubrieses que yo era agente de la CIA. Oh, claro, claro… Yo fui quien te puso sobre la pista de mí mismo, pensando que cuando supieses que yo era norteamericano me propondrías pagarme diez millones de pesos por traicionar a la CIA, o por cualquier otra cosa. Ni se me ocurrió —acabó irónicamente— que todo lo que tú harías al saber que era un espía enemigo tuyo, sería matarme sin más explicaciones. Vamos, vamos, Sofía… Piensa bien las cosas, querida.

—Está bien —rió ella alegremente—. Vamos a dejar las cosas como están, o sea, que fui yo quien te descubrió primero, te estudié, y cuando comprendí que me querías, te hice una proposición, que aceptaste

no sólo por mí, sino por los diez millones de pesos.

—Eso está mejor. Lo otro es suponerme demasiado listo, demasiado audaz…, demasiado suicida.

—Hay espías suicidas.

—No yo, querida. La vida es muy hermosa. Y más con diez millones de pesos…

—Que todavía no has ganado.

Carlos Llamas quedó súbitamente serio, reflexivo

—Sofía, ¿has pensado que si no me hubieses hecho venir, tal vez a estas horas yo estaría con Travelling, pues él quizá me habría visitado y entonces ya os lo habría entregado, a él y todo su lote de documentaciones falsas, con nombres, direcciones, datos…? ¿Has pensado en eso?

—Por supuesto. Creo que voy a llamar a Renato a Buenos Aires… Veremos qué opina él respecto a tu inmediata vuelta allá… Gino, llama a Buenos Aires, que te pongan en contacto con Renato, y dile que Carlos está aquí, pero que vuelve inmediatamente a menos que él tenga algo más oportuno que decir. Date prisa.

—Enseguida, Sofía.

Gino salió de la casa, hacia el garaje, donde tenían escondida la radio clandestina.

Sofía Paluzzi se quedó mirando con gran atención a Llamas, que continuaba con aquella expresión reflexiva.

—¿En qué piensas?

—En los otros agentes de la CIA que tenéis localizados en Buenos Aires, Sofía… ¿Quiénes son?

—Ya te dije que no pensaba aclararte eso.

—Con lo cual se demuestra que tú tampoco te fías de mí

—Quizá sea eso, Carlos.

—Es absurdo… ¿Qué crees que haría yo en cuanto tú me dijeses cuáles son los hombres de la CIA que tenéis localizados y vigilados en Buenos Aires, aparte de Pepe Román? ¿Quizá crees que iría a avisarlos, para que escapasen?

—Es una posibilidad.

—Yo puedo ofrecerte otra mejor. Atiende, Sofía: cuando me descubriste a mí, ya estabais tras las pistas de algunos compañeros míos, ¿no es cierto? Pero entonces, cuando quizá le habríais propuesto a uno de ellos lo que me propusiste a mí, aparecí yo, y te parecí el más indicado para… servir a tus propósitos. Acepté la traición a los míos… Entonces, te dije que no conocía a ninguno de los de Buenos Aires, y es cierto. Te lo juro. Por eso no he podido ayudarte en eso… Pero sí te dije que pronto llegaría el relevo, motivo por el cual, en lugar de matar a esos compañeros míos de la CIA os limitáis a vigilarlos, esperando a Travelling, por medio del cual no sólo sabréis los nombres de los otros cuatro o cinco agentes

que quedan en Buenos Aires, sino también los nombres de los doce agentes que los sustituirán. En total, contándome a mí, veinticinco hombres, ya que Travelling también cuenta. Eso querrá decir que vuestro grupo de espionaje será poco menos que dueño de Buenos Aires en materia informativa de todo tipo. Y habréis eliminado nada menos que a veinticuatro agentes de la CIA.

—¿No has dicho veinticinco?

—Bien… ¿Acaso piensas liquidarme también a mí?

—Oh, es cierto… Claro: veinticuatro… Sigue.

—Bien. Ahora estamos ante el hecho cierto de que han matado a Pepe Román cuando, según parece, Travelling se proponía visitarlo, o lo estaba visitando ya… ¿Crees que después de esto será tan fácil sorprender a Travelling? Pues no: antes de que él vuelva a visitar a un solo agente de la CIAde Buenos Aires, lo pensará muy bien porque temerá otra emboscada. Es lógico, ¿no?

—Muy lógico.

—Por tanto, es posible que no visite a ningún agente más hasta pasado algún tiempo. Y que, en cambio, los llame por la radio de bolsillo con onda que tenemos establecida en Argentina cada uno de nosotros. Ahora escucha: si los llama, los avisará, uno a uno, a cada uno con su frecuencia de onda. Entonces no sólo él no los visitará, sino que esos seis o siete compañeros míos que tenéis localizados emprenderán el vuelo, sin esperar el relevo… Se os escaparán todos en cuanto Travelling los vaya informando.

—Quizá Travelling piense que solamente teníamos localizado a Pepe Román.

—Quizá. Pero quizá no piense eso, y los avise a todos. Si así ocurre, yo te aseguro quo esa media docena de hombres se os escaparán.

—También esto parece lógico… ¿Qué sugieres?

—Dime los nombres de esos compañeros míos que tenéis localizados y dónde encontrarlos. Yo iré a visitarlos, uno a uno, y les diré que necesito ponerme en contacto con Travelling, les preguntaré si ellos saben ya algo respecto a que quizás estén localizados. Yo conocía a Pepe Román, a ése sí, y como lo han matado, quizá por eso Travelling no me llama, temiendo que, igual que Pepe, con el cual me vi algunas veces, esté también vigilado. Les diré que esto es lo que quizás está pensando Travelling, y que

por eso no me llama. Pero que yo necesito ayuda para escapar, y que quiero ver a Travelling, recoger mi documentación de salida y desaparecer.

—No está mal. Pero ¿cómo dirás que has podido encontrarlos?

—Pepe conocía a uno… Nunca me dijo su nombre, ni dirección exacta… Creo que tiene un piso en la calle Florida…

—Hay uno allí, en efecto. Pero supongamos que ése no sabe cómo ponerte en contacto con Travelling.

¿Qué les dirás a los otros? ¿También les dirás que Pepe Román te habló de ellos? ¿Les dirás eso cuando te pregunten cómo los has localizado?

—No… Eso no puedo decírselo, porque si Pepe sólo conocía al de la calle Florida…

—¿Qué les dirás, entonces? Porque ellos querrán saber cómo los has encontrado, Carlos.

—Ya pensaré algo… Y en cuanto me pongan en contacto con Travelling, os lo entrego, y ya podréis… retirar de la circulación a los veinticuatro, sin faltar uno.

—Parece una buena idea… Porque, desde luego, Travelling va a permanecer inactivo algunos días, después de que le mataron a Pepe Román en sus narices. Habrá que ir a buscarlo…

—Mi plan es bueno, Sofía.

—Sí… Lo parece, desde luego.

—Bien. ¿Qué estamos esperando? Dame los nombres de esos seis compañeros míos de la CIA, sus direcciones, su…

—Siete, exactamente, Carlos. En cuanto tengamos a Travelling, serán eliminados. Y después que

convenzamos a Travelling para que nos diga los restantes nombres, los otros también serán eliminados… Y Travelling, por supuesto.

—Dame sus nombres y direcciones. Los visitaré mañana temprano, y conseguiré ponerme en contacto con Travelling. Os lo entrego, cobro mis diez millones de pesos… y desaparezco.

Sofía Paluzzi asintió con la cabeza, pensativamente. Luego, fue a un bonito buró, sacó papel y un bolígrafo y estuvo escribiendo durante tres minutos. Cerró el buró, se volvió hacia Carlos Llamas y le mostró el papel.

—Éstas son las direcciones. Y los nombres que esos compañeros

tuyos de la CIA están utilizando en

Argentina. Está todo… ¿Has llamado ya, Gino?

Gino había aparecido en la puerta y asintió, preocupado

—Renato no está en Buenos Aires.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos.

—Quizá venga hacia aquí —susurró Carlos—. Parece que no le gusta mucho la idea de que tú y yo nos veamos… a solas.

—No estamos a solas —sonrió Sofía.

—Bueno… Pero quizá lleguemos a estarlo.

—Quizás.

—De momento, dame ese papel. Luego…

Sofía Paluzzi retiró vivamente la mano que sostenía el papel.

—Esperaremos a que venga Renato para tomar esta decisión. Si no ha venido a las diez de la mañana, te encargarás de esto. Mientras tanto, lo esperaremos descansados todos… ¿De acuerdo?

Todos movieron afirmativamente la cabeza.

Capítulo VIII

No hacía mucho que había amanecido cuando Llamas despertó, de pronto. Se sentó en el sofá inmediatamente, despejado al instante, preguntándose si el sonido de aquel claxon lo había soñado o era auténtico.

Se puso en pie y fue a una de las ventanas, apartando la cortinilla para mirar al exterior. Vio el coche, vio a Alberto Simandos, y vio a Renato Gaya, que salía en aquel momento del coche. Detrás de él, Marina Lucientes, quitándose algo de color rosa de las muñecas, mientras Renato guardaba una pequeña navaja.

—¿Es Renato?

Se volvió hacia Gino, impasible el rostro, y asintió.

—Sí, es Renato. Viene con Alberto y con una mujer… que yo conozco bastante. ¿Y Sofía?

Gino miró hacia el pasillo que llevaba a los dormitorios, y luego a Llamas, un tanto hoscamente.

—Vendrá enseguida, supongo.

—Será mejor que la llames. Quizás esté muy dormida… Ahí viene Marcos, con Raúl, del garaje… ¿Sólo tú has dormido en la casa?

—No queríamos molestar —dijo Gino, desabrido.

Sonó una llamada a la puerta. Llamas señaló hacia el interior de la casa.

—Ve a llamar a Sofía. Yo abriré.

Gino fue a cumplir la indicación de Llamas y éste abrió la puerta. Apenas ver los rostros de Alberto y Renato comprendió que algo en verdad importante estaba sucediendo. Entre los dos estaba Marina Lucientes, tan hermosa como siempre, aunque quizá con aspecto un tanto cansado. Raúl y Marcos llegaron también ante la puerta, de modo que la hermosa mejicana quedó entre los cuatro hombres.

—Aquí la tiene, Llamas —dijo Renato, irónico—. Hemos viajado toda la noche para darle a usted una pequeña sorpresa. ¿Y Sofía?

—Durmiendo, supongo. Gino ha ido a llamarla… ¿Por qué han traído aquí a Marina?

—Un capricho tonto. Lo expondremos cuando Sofía pueda escucharnos. Adentro todos.

—Carlos —empezó Brigitte—, estos hombres…

—Cállese —gruñó Renato—. Ya hablará cuando nosotros se lo digamos.

La empujó hacia dentro de la casa. Brigitte miraba fijamente a Carlos, el cual desvió la mirada y fue hacia los dormitorios, cruzándose con Gino. Sin hacerle el menor caso, continuó adelante, entró de sopetón en el cuarto de Sofía y sonrió extrañamente.

—Me has asustado… Creí que sería otro…

—Pero yo soy yo, querida: el hombre al que amas realmente.

—Así es —sonrió Sofía—. Eso ha quedado demostrado, ¿no crees, Carlos?

—Desde luego. Renato ha traído a la mejicana. Dice que quiere contar algo, pero sólo cuando tú estés delante, según parece. Debo decirte que no me gusta que haya mezclado a esa mejicana en nuestro asunto, Sofía. ¿Qué puede importar ella?

Sofía Paluzzi encogió los hombros tras unos segundos de reflexión.

—No sé… Vamos a ver por qué ha traído Renato a esa mejicana. Supongo que tendrá muy buenas razones.

—Vamos a ver a esa chica —susurró Llamas—. Y escuchemos esa pequeña sorpresa que Renato quiere darme,

Salieron los dos del dormitorio y aparecieron enseguida en el saloncito de recibo. Brigitte estaba sentada en un sillón, bajo la atenta vigiancia de Renato, que movió una mano, en silencioso saludo, hacia Sofía. Ésta estuvo casi medio minuto mirando en silencio a Brigitte Montfort, antes de susurrar:

—Póngase en pie.

Brigitte obedeció, adoptando la más asustada de las expresiones que pudo conseguir. Sus inmensos ojos azules iban de un lado a otro, como si tuviese un miedo espantoso, como si se sintiese acorralada.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sofía.

—Marina… Marina Lucientes. Soy mejicana, y estaba…

—Yo te lo contaré mejor, Sofía —se adelantó Renato—. Ella lleva pasaporte a nombre de Marina Lucientes, en efecto. Nacida, hace veintiséis años, en Chihuahua, Méjico. Su último lugar de residencia fue Nueva York. Parece ser que Carlos Llamas la conoció casualmente en una tratoria llamada La Vieja Pampa… Pero está claro que ella sabía algo de él, y que algo buscaba. Fui a buscarla a sus habitaciones del hotel La Plata, y como no estaba me tomé la molestia de examinar su equipaje. Quisiera que echases un vistazo a este maletín.

Lo tiró sobre la mesita de centro, y Sofía Paluzzi se adelantó. Igual que Carlos Llamas. Y los dos necesitaron muy poco tiempo para comprender la clase de trucos que contenía aquel maletín. Tampoco hacía falta ser demasiado listo para llegar a la conclusión de que Marina Lucientes no era lo que ella quería que creyesen…

—¿Quién es usted? —preguntó Sofía.

—Marina Lucientes, ya lo ha dicho este hombre…

—Ése es el nombre que figura en su pasaporte. Pero usted ni se llama así, ni es mejicana, ni turista, ni ninguna otra cosa que no sea espía… ¿Trabaja para la CIA?

—¿Pa-para quién…?

—CIA. Si lo quiere más claro, también puedo decírselo: Central Intelligence Agency, o sea, el servicio de espionaje y contraespionaje de los Estados Unidos.

Brigitte abrió mucho los ojos,

—No, no… Yo no… no sé de qué me… me están hablando…

Carlos Llamas se adelantó impetuosamente hacia Brigitte, la cogió por la pechera del vestido con una mano y alzó la otra ante su rostro.

—Maldita embustera —masculló—. Te voy a matar a golpes si no contestas la verdad a todo lo que te preguntemos.

—Carlos, estoy diciendo la verdad. No comprendo nada…, no sé lo que estáis diciendo… Llamas la atrajo hacia él, y sus rostros se tocaron, crispado el del traidor.

—Escucha, perra… Soy veterano en estos asuntos. Y creo empezar a comprender ahora cuál era tu juego: amor, media luz, un tango, una botella de champaña… Todo, fruto de un encuentro casual, ¿verdad? Así es la vida: una chica bonita que llega de Nueva

York y que dice ser mejicana, y que lleva un maletín muy revelador, ¿eh? ¿Cómo me encontraste? ¿Quién te habló de mí? ¿Cómo conocías mis costumbres, mis horarios?

—No… No conocía nada… Te vi allí, me hablaste, salimos a divertirnos… Eso es todo, Carlos…

Él avanzó hacia Brigitte con un gesto de amenaza. Y ella retrocedió, con tan mala suerte que chocó contra un mueble, perdió el equilibrio y se golpeó contra una esquina, perdiendo el sentido.

Carlos se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo con manos nerviosas, casi temblorosas de rabia.

—La muy… Quiso engañarme a mí… Casi lo ha conseguido, ésa es la verdad… ¿Qué dijo ella sobre mí, Renato?

—Insiste en que no sabe nada.

—Ah, claro… Se las quiere dar de valiente… ¿Dijo algo sobre mi hora de llegada a su hotel anoche?

—Sí.

—Bien… ¿A qué hora llegué, para que todos podamos pensar si fui o no fui yo quien mató a Pepe Román, como usted cree?

Renato Gaya frunció el ceño.

—Ella dice que el conserje la informó de que usted la estaba esperando desde las diez, o quizás un poco antes.

—¡Bueno…! Algo es algo. Supongo que eso le ha quitado de la cabeza sus estúpidas sospechas contra mí, ¿no?

—Sí —farfulló Renato de mala gana.

—¿Cómo la atrapaste? —preguntó Sofía.

—En su hotel. Ella llegó…

Renato Gaya explicó lo sucedido. Mientras lo iba haciendo, Gino regresó de la cocina con agua, que vertió sobre Brigitte, la cual tardó todavía no menos de tres o cuatro minutos en recuperar la plena noción de la peligrosa realidad que la rodeaba. Para entonces Renato lo había contado todo y las miradas de los presentes estaban fijas en la agente de la CIA.

—Vamos a seguir preguntando cosas, querida —mascullló Llamas —. Y espero que seas más inteligente que hasta ahora. ¿Trabajas o no trabajas para la CIA? ¿Quién te dijo que te pusieses en contacto falso conmigo? ¿Por qué tenías que controlarme?

—Son demasiadas preguntas a la vez, Carlos —sonrió fríamente Sofía Paluzzi—. Tendremos que hacer las cosas con más orden y

método si queremos obtener resultado. Veamos, señorita Lucientes, ¿para quién trabaja usted? ¿Para la CIA?

Brigitte tragó saliva, mirando temerosamente a Carlos Llamas.

—Sí…

—Muy bien. ¿Qué vino a hacer a Buenos Aires?

—Nada… Nada.

—Temo que está cometiendo, un error… Carlos está muy disgustado con usted por haberlo engañado, y… me parece que voy a decirle que continúe mostrándole su… desagrado. ¿Qué vino a hacer a Buenos Aires?

—Tenía que… que servir de ayuda a… a un hombre que nosotros llamamos Travelling.

—Oh… ¿Sabe dónde está él?

—No.

—¡Está mintiendo! —gritó Carlos, y la levantó…, para derribarla en el sofá—. ¡Tiene que saber dónde está!

—¡No lo sé! —gritó Brigitte, casi llorando—. ¡No lo sé, no lo sé, no lo sé…! ¡Tenía una radio, y así era como debía estar en contacto con él! ¡No sé su dirección, ni el nombre que utiliza en Buenos Aires…! ¡No lo sé!

Sofía hizo una seña a Llamas, indicándole que se apartase de Brigitte y ella se acercó más.

—¿Cuál era su misión concreta, señorita Lucientes?

—Ninguna… Sólo estar atenta a sus llamadas, por si él me necesitaba… ¡Eso es todo!

—¿Le suena el nombre de Pepe Román?

—Sí… Sí, me suena… Sé que lo han matado.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé…

—¿No fue usted?

—¿Yo? ¡Claro que no! ¡Él era uno de los hombres que teníamos que relevar! ¿Por qué tenía yo que mat…?

—¿Tampoco lo mató Travelling?

—No lo sé… ¡No lo sé! ¡Pero sería absurdo!

Sofía Paluzzi asintió pensativamente. En efecto, parecía absurdo que el hombre encargado de relevar a doce compañeros se dedicase a matarlos…

—Díganos exactamente por qué se puso en contacto falso con

Carlos Llamas. ¿Por qué le dieron esa orden?

—Por precaución… Tenía que asegurarme de que todo iba bien, de que se podía efectuar el relevo.

—¿Sólo por eso?

—Claro. Pero ahora… ahora comprendo que él…

—Lo miró, pero no acabó la frase. Sin embargo, la palabra traidor quedó flotando en el ambiente. Llamas se adelantó un poco más hacia ella, pero una nueva seña de Sofía le contuvo.

—Quizás ha descubierto un poco tarde que Carlos está jugando su propia partida, señorita Lucientes. Dígame una cosa: ¿serviría su radio de bolsillo para ponerse en contacto con Travelling?

Brigitte se mordió los labios, dispuesta a no contestar, pero la actitud amenazadora de Llamas pareció asustarla, y asintió rápidamente con la cabeza.

—Sí… Está colocada en la misma frecuencia.

—¿De modo que si uno de nosotros regresa a Buenos Aires y llama a Travelling, éste contestará a la llamada?

—Sí…

—Naturalmente, Travelling conoce a Carlos Llamas…

—Claro.

—¿Y a todos los demás?

—¡Naturalmente! —exclamó Llamas, contestando por Brigitte—. De otro modo, él, ese hombre, no podría ser enviado con la personalidad de Travelling. ¿Quién es él, Marina? ¿Cuál es su nombre?

—Lo ignoro.

—Su cara… ¿Cómo es él? ¡Quiero saberlo!

—Es… muy alto, huraño, de ojos claros, mirada dura y penetrante… No se fía de nadie. Ni siquiera de mí, que vine para respaldarle en su trabajo. Tiene unos… cuarenta años y siempre frunce el ceño cuando habla…

Carlos Llamas respingó y se volvió hacia Sofía, que frunció el ceño y preguntó:

—¿Lo conoces?

—Creo que sí. No sé su nombre, pero lo vi una vez… Una sola vez. Es implacable, frío, astuto, tenaz… El clásico agente que puede descubrir muchas cosas con una mirada. Creo que está en los ficheros de la CIA como el agente W7.208… Sí, creo que sé quién

es.

—¿Que significa W7208?

—Agente del estado de Washington, pasado por la Academia con el número siete mil doscientos ocho. Es un hombre muy peligroso, Sofía. Parece un poco torpe, lento, pesado, pero es rápido cuando es necesario.

—Ésa muy bien podría ser la descripción del hombre que visitó anoche a Pepe Román y que escapó por el solar —dijo Renato.

—Pues hay que ir con mucho cuidado —susurró Llamas—. Cuando lo envían a él para los relevos es que algo no está gustando en Washington… Es un asesino. Sólo que jamás toca una pistola mientras haya otras personas que puedan hacerlo por él. Siempre espera hasta el último instante. Entonces, si es necesario, sería capaz de matar a siete hombres de otros tantos balazos. Es muy duro… Para matarlo hay que ir muy despierto y tirar a los centros vitales sin vacilación… Y aun así hay que tener mucha suerte…

—¿No estás exagerando? —inquirió Sofía.

—Le he visto una vez y he oído cosas de él en varias ocasiones. Sólo te deseo que ese hombre no decida matarte él mismo, Sofía. Nada en el mundo te libraría de la muerte. Pero es tan astuto que siempre, en sus desplazamientos, lleva otro agente exterminador, uno de los mejores de la CIA, que es quien da la cara

en el momento de exterminar a quien no satisface al Servicio… Un agente bien entrenado que sabe matar tan bien como Travelling, y que tiene más facultades de improvisación, más rapidez mental, más agilidad para la huida, y…

Y se quedó mirando a Brigitte Montfort de tal modo que todos comprendieron lo que estaba pensando.

—¿Ella? —susurró Sofía.

—Claro… Ella es la cara visible de la moneda de la muerte… Estoy seguro de que salió de Washington con orden de matar a alguien, sin piedad… ¿A quién, Marina?

—No… No es cierto… Sólo vine a ayudar a Travelling… Carlos Llamas no le hizo el menor caso.

—La situación se ha… modificado un poco, Sofía. Ese hombre va a echarlo todo a perder si no actuamos con rapidez. Piensa una cosa: si ve las cosas mal, simplemente levantará el vuelo, dejando aquí a los doce agentes y prohibiendo a los doce nuevos que ocupen

sus puestos… Luego, de un modo u otro, se cursará la orden general de abandonar el campo a los residentes, y puedes estar segura de que algunos de los once que quedan en Buenos Aires escaparán.

—Eso parece… Va a ser mucho trabajo para poco resultado… ¿Qué sugieres? ¿Y tú, Renato?

—Es cosa de pensarlo. Ciertamente, no podemos emprender una acción precipitada que ponga en evidencia a los hombres que tenemos vigilando a los siete agentes de la CIA localizados… Hay que pensar bien las cosas.

Sofía Paluzzi encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, ante la cual permaneció pensativa un par de minutos. Cuando se volvió, señaló a Brigitte.

—Gino, Raúl: llevadla al garaje y encerradla allí. Atadla bien. Luego, venid aquí… Tenemos que encontrar algún método de rápida acción entre todos. ¿Se te ocurre algo, Carlos?

—No sé… Dame tiempo… Unos minutos.

—Iré a preparar café para todos. Creo que llevamos una noche demasiado agitada, y conviene que nos despejemos. Pensad algo.

Fue a la cocina, mientras Raúl y Gino llevaban a Brigitte fuera de la casa, al garaje. Cuando Sofía apareció con el café, Gino y Raúl habían regresado ya, y, como los demás, parecían profundamente pensativos. Sirvió café a todos, se sentó en el sofá junto a Llamas, con su taza en las manos, y también quedó pensativa. Un par de minutos después, Carlos Llamas la miró, dubitativo.

—Bueno…

Todos fijaron su atención en él.

—¿Se te ha ocurrido algo? —se interesó vivamente Sofía.

—No sé. Quizá sea una estupidez.

—Lo sabremos cuando nos lo digas, Carlos.

—Sí, claro… Necesito el maletín de esa mujer… y que tú vengas conmigo, Sofía. Iremos al garaje y hablaremos con ella.

—¿Sobre qué?

—Espera… Recoge el maletín de ella y ven conmigo. Los demás se quedarán aquí. Sí, eso es lo que vamos a hacer. Le diremos… Le diré que os he engañado, que sigo siendo fiel a la CIA. Y tú estarás allí, Sofía. Te voy a golpear no demasiado fuerte —sonrió— y Marina Lucientes y yo vamos a escapar con el coche de Renato…

—Eso sí es una estupidez —gruñó Renato—. Lo más lógico sería

que utilizaseis el coche que hay en el garaje.

—No. Si hiciéramos eso, lo lógico sería que desde aquí vosotros vieseis cómo salía el coche del garaje y podríais perseguirnos inmediatamente con el tuyo, que tenéis delante mismo de la casa. Pero si salimos a pie del garaje y llegamos aquí sin que nos veáis, podemos huir con tu coche y adquirir ventaja mientras vosotros vais al garaje a por el otro coche. Esto tendrá verosimilitud para Marina, le parecerá creíble que logremos escapar aprovechando la ventaja… Le diré a ella que todo es parte de un plan que he preparado… ¿Hay gasolina en tu coche, Renato?

—Cuando venía tuve que llenar el depósito a cuarenta kilómetros de aquí.

—¿Y las llaves? —Tendió la mano Carlos.

—Las dejé puestas —gruñó Renato de pésimo humor.

Pero eso más bien pareció divertir a Carlos Llamas, que dijo, sonriendo secamente:

—Estupendo… Marina y yo vamos a escapar en su coche, pues. Casi enseguida, tú, Sofía, vas a salir del garaje, tambaleándote, como si el golpe hubiese sido en verdad muy fuerte, de modo que si Marina te ve no desconfíe… Llamarás a Renato y a los demás cuando Marina Lucientes y yo estemos a poca distancia de aquí… Entonces todos correréis hacia el garaje a fin de utilizar el coche que hay allí para perseguirnos… Saldréis en él, iréis detrás de nosotros, nos dispararéis…, pero esa chica y yo conseguiremos escapar.

—A mí me parece una tontería —gruñó Renato.

—Así podemos llamarla, en efecto: «Operación Tontería». Pero quizá dé buenos resultados. Cuando ella y yo estemos lejos, y comprenda que le he salvado la vida, confiará en mí… Iremos a Buenos Aires, llamaremos a Travelling, y una vez esté seguro de que él va a acudir a la cita mataré a Marina Lucientes, y cuando Travelling llegue lo apresaré. Y ya lo tendremos. Y con él, a todos los demás.

—No me gusta —insistió Renato—. Esa mujer no se va a tragar un anzuelo tan grande. Y, además, cuando llegaseis a Buenos Aires nos llevaríais mucha ventaja. Lo ideal sería…

—Lo ideal sería que vosotros, después de que ella creyese que no podíais alcanzarnos, fueseis al aeropuerto y os trasladaseis a Buenos

Aires con la avioneta. Una vez allá, sólo tenéis que esperar en algún lugar convenido mi llamada telefónica. Por ejemplo, podéis esperar en mi piso.

—¿Y si Travelling llegase a su piso entonces?

—Vaya… No me diga que eso le disgustaría… Yo creo que entonces sí que no podríamos pedir más. Hubo algunas sonrisas. Renato aún vaciló, pero Sofía se puso en pie.

—Intentaremos engañar a esa mujer, Carlos. Bien entendido que si camino de Buenos Aires te parece que ella desconfía de ti, la matarás y seguirás viaje a Buenos Aires. Y nos veríamos entonces en tu piso.

—¿Tú también vas a ir a Buenos Aires?

—Es una ciudad encantadora. Iré allá, desde luego.

—Esa chica es demasiado lista para tragarse todo eso —insistió de nuevo Renato.

—¡Está bien! —Se irritó Llamas—. Estoy dispuesto a escuchar otro plan mejor que el mío, Renato… ¿Se le ocurre alguno con más posibilidades de conseguirlo todo a una carta?

Renato Gaya movió negativamente la cabeza. Sofía se colgó de un brazo de Carlos Llamas, sonriendo fríamente.

—Podemos intentarlo. Vamos a ver qué tal resulta la «Operación Tontería»…

Capítulo IX

Brigitte alzó la cabeza cuando la puerta del garaje se abrió; dejó de forcejear con aquellas sólidas cuerdas, fijando toda su atención en los visitantes. Carlos Llamas cerró de nuevo las puertas del garaje y se acercó a ella, llevando a Sofía Paluzzi de un brazo y sujetando con la otra mano el maletín de Brigitte, conteniendo todas las pertenencias de la espía.

Se acuclilló junto a ella y le dio un cariñoso cachetito.

—Siento lo de los golpes, Marina —sonrió dulcemente—. Pero tenía que hacerlo para engañar a los demás.

—Así es —musitó confidencialmente Sofía Paluzzi—. Vamos a ayudarla ahora… Pero tenemos que darnos prisa… Desátala, Carlos. ¡No perdamos tiempo!

Carlos Llamas miró tan fríamente a Sofía Paluuzzi, que ésta se estremeció sin poder evitarlo.

—Es una buena idea, querida —sonrió gélidamente—. Te aseguro que no pienso perder nada de tiempo… Alzó las manos, de pronto, y sus dedos rodearon holgadamente, con fuerza, con la presión de una argolla mecánica, el frágil cuello blanco de Sofía Paluzzi. Ésta quiso gritar, pero los dedos de Carlos Llamas parecían de acero, inexorables. Invencibles, crispándose en una mortal presa de estrangulación.

Brigitte Montfort asistió, entre impávida y sobresaltada, a la muerte de Sofía Paluzzi.

Con una frialdad estremecedora, Carlos Llamas estuvo apretando hasta que supo que Sofía Paluzzi era ya cadáver. Entonces la dejó tendida en el suelo y tomó una de sus muñecas, tranquilamente. Estuvo casi medio minuto buscando el pulso… Un pulso que ya no podía existir en un cadáver.

Luego, miró a Brigitte, sonrió y abrió el maletín, ante ella. Sacó las pequeñas tijeras de manicura y con ellas cortó las cuerdas que

apretaban las manos y los pies de la espía internacional. Luego, le entregó la pistolita de cachas de madreperla y la besó ligeramente en los labios

—Todo va bien —dijo amablemente—. ¿Viniste a Buenos Aires con la orden de matarme a mí?

—Sí.

—Lo comprendo… Había que eliminar al traidor.

—Así es.

—Claro… Es muy razonable, ¿no crees? Sin embargo, opino que antes de condenarme a muerte debieron preguntarme por qué yo estaba haciendo lo que hacía… Creo que después de cinco años de jugarme la vida en el extranjero yo merecía algo más que una muerte a manos de un agente de la CIA, Marina.

—Mi verdadero nombre…

—No quiero saberlo. No me importa.

—¿Estás resentido conmigo?

—Debiste decirme la verdad. Quizá todo iría mejor ahora. Cuando te vi en La Vieja Pampa y supe en seguida que tenías que entrar en contacto conmigo, creí que eras de ellos.

—¿De quiénes?

—De ellos: de Sofía, de Renato… Pensé que no se fiaban de mí y que te enviaban para sonsacarme, para engañarme. Por eso acepté tu compañía, y luego simulé ser el hombre que no quiere líos fijos con una mujer.

—Sin embargo, por la noche, fuiste a buscarme.

—Como estaba convencido de que trabajabas para ellos, quise que tú dijeras que te había estado esperando desde las diez, cuando la realidad era que…

—Que habías matado a Pepe Román. Lo sé, Carlos. Te vi hacerlo. Y no… no lo entiendo… ¿Por qué mataste a un compañero nuestro precisamente cuando Travelling iba a visitarlo, para darle relevo?

—Te lo diré, querida. Pepe Román estaba vigilado. Al mismo tiempo, como es natural, cualquiera que se pusiese en contacto con él sería capturado por Renato y sus hombres. Lo que no sabían Renato y sus hombres era que yo tenía micrófonos en el piso de Pepe Román. Así, supe que aquella noche iba a recibir la visita de Travelling… No podía avisar a Pepe, porque Renato tenía

intervenido el teléfono, y también había colocado micrófonos; tampoco podía acercarme a él. Entonces, decidí matarlo. Y lo hice por dos motivos. Uno: él estaba condenado a muerte, de todas formas. Dos: si capturaban a Travelling, no sería Pepe Román el único en morir… De modo que esperé la visita de Travelling, y maté a Pepe entonces para que Travelling comprendiera que debía huir inmediatamente. Es cierto —casi gimió—: he matado a un compañero, pero lo hice para salvar la vida de otros veintitrés. El cambio no… ofrecía dudas.

—Lo entiendo… Lo entiendo, Carlos. Creo… creo que yo habría hecho lo mismo. Supongo que fue muy duro para ti matar a tu amigo Pepe.

—¿Qué más da? —Encogió Llamas los hombros, sombrío—. Tenía un trabajo que hacer en beneficio de todos, no de uno solo. Si hubiese sido Pepe quien hubiera tenido que matarme a mí, no le guardaría rencor, te lo juro.

—Lo sé, Carlos.

—Bien… Ya ves qué cosas pasan por no venir a verme de parte de la CIA a pedirme explicaciones, Marina.

—Yo solicité eso. Pero no me hicieron caso. Dijeron que había que matarte rápidamente…

—¿Y por qué no lo hiciste? Tuviste una buena oportunidad en mi piso. A media luz… Un par da disparos, y ya tenías el trabajo hecho.

—Yo tengo mis propias leyes de espionaje. Soy implacable cuando hay que matar…, pero antes me aseguro en todo lo posible de que esa persona merece morir. No me parecía muy claro tu asunto. ¿Cómo empezó todo?

—Supe que Pepe Román estaba siendo vigilado… Entonces, yo seguí a uno de los hombres que lo vigilaban, y así llegué hasta allí, hasta Mar del Plata… Me las arreglé para… trabar contacto con Sofía Paluzzi —señaló el cadáver—, y luego dejé que ella descubriese que yo era agente de la CIA. Para entonces, la muy desdichada ya estaba enamorada de mí, y creyó que podría… conservarme. Me propuso traicionar a mis compañeros, por diez millones de pesos… Y yo acepté, tras muchas vacilaciones claro. Antes habíamos estado paseando, viviendo una especie de… romántico noviazgo. Paseamos por Palermo,

por Corrientes, por el Paseo de Colón… Dos enamorados. Luego, ella tuvo que venir a dirigir desde aquí, con una radio que tienen, todo el sector que rodea Buenos Aires, abarcando incluso Montevideo. Y yo seguí en Buenos Aires, entrevistándome alguna que otra vez con Renato Gaya… Les dije que sólo conocía a un compañero de la CIA: Pepe Román, precisamente el mismo que yo sabía que tenían ellos localizado.

—¿Y no conoces a más?

—A tres más —sonrió Llamas—. Pero comprenderás que no podía acercarme a ellos, porque no sabía si eran de los que, según supe más tarde, estaban también siendo vigilados. Siete, en total. Hubiese querido acercarme a ellos, decírselo, pero desconocía sus nombres y direcciones. Sólo sabía los de tres más, y si eran de los que estaban siendo vigilados, el riesgo habría sido demasiado grande para ellos y para mí. De modo que, cuando comprendí que Sofía Paluzzi y Renato se iban a conformar con matar a siete de mis compañeros, les dije que no tenían por qué conformarse con siete cuando podían tener veinticuatro y el control de Buenos Aires, por consiguiente. La idea les entusiasmó… Me pidieron más nombres, pero yo insistí en que no conocía ninguno. Sin embargo, les dije, sé que un hombre llamado Travelling tiene que venir pronto a Buenos Aires, y entonces tendremos aquí veinticuatro agentes de la CIA. Ah, sí… Les gustó mucho esa idea. Pero ya ves —volvió a señalar a Sofía Paluzzi—, no siempre van bien las cosas. Ahora tengo los nombres de esos siete compañeros, de modo que iré a prevenirlos. Sabré arreglármelas. Lo que tú tienes que hacer es, una vez en Buenos Aires, ponerte en contacto con Travelling y decirle tajantemente que no efectúe relevo alguno. Que no instale agentes en Buenos Aires, de momento. En cuanto a los diez que quedan allí, yo les iré avisando y ayudando a salir de Argentina… Ya tenía previsto esto, de modo que será fácil, ahora que ya no tengo que simular que estoy de parte de Sofía y los suyos.

—¿Cómo los avisarás? Recuerda que siete de ellos están vigilados todavía…

—Pero ya no tengo que guardar las apariencias con Sofía, te digo. Sólo tengo que comprar una docena de postales de Mar del Plata, y darle unos pesos a un chiquillo para que se las tire a cada uno por debajo de la puerta. En las postales, escribiré: «Desde Mar

del Plata, te envío un fuerte abrazo. Papá.»… Y ellos sabrán que están en grave peligro y escaparán. Hasta ahora, no me ha interesado que se asustaran, pero ya es momento de que vuelen lejos de aquí. Sé que sabrán arreglárselas para escapar.

—Claro… Estando sobre aviso, lo conseguirán. ¿Y luego?

—Luego, si salgo con vida del asunto, iré a Washington y pediré explicaciones a la CIA sobre esa orden que dieron de matarme. No se mata a un hombre así como así.

—No eres un hombre —sonrió Brigitte—: sólo un espía.

—¿Cómo…?

—Y los espías, querido, no existen.

—¡Qué tontería…!

—Así lo creo yo. Un espía puede ser, a la vez, una persona sensible, capaz de amar, de sentir miedo, odio, pena… Un ser humano, simplemente. Pero la teoría del espionaje profesional es ésta: los espías no existen.

—No hablemos más. Tenemos que salir de aquí ya —consultó su reloj—. Sí, ya ha pasado el tiempo suficiente para que parezca que entre Sofía y yo hemos podido convencerte… Un momento.

Volvió a abrir el maletín de Brigitte. Sacó la polvera, y de ella la pequeña carga de explosivo plástico. Se colocó debajo del coche que había en el garaje… y salió de allí un par de minutos después.

—Espera aquí. Espera aquí, será mejor que yo vaya solo a por el coche de Renato; pero tienes que estar preparada para correr a mi encuentro en cuanto veas que lo he puesto en marcha.

—Sí, lo entiendo, pero si ellos…

—Es el plan. No te preocupes. Estate atenta En cuanto yo venga con el coche hacia aquí, ven a mi encuentro. Entra inmediatamente y partiremos hacia Buenos Aires. Es decir: primero al aeropuerto de Mar del Plata. Allá hay una avioneta deportiva, azul y blanca…

—La conozco.

—Mejor. El piloto se llama Filiberto. Si se pone tonto, nosotros mismos pilotaremos la avioneta hacia Buenos Aires. ¿Sabes volar?

—Con avión, sí —sonrió Brigitte.

—Estupendo —sonrió también Carlos—. ¿Dispuesta?

—Cuando tú quieras.

Carlos Llamas salió del garaje y caminó rápidamente hacia el coche en que había llegado Brigitte no mucho antes a la casita junto

a la playa. El sol de primavera empezaba ya a calentar, a dar un bonito tono dorado a todo, a llenar de luz aquel romántico lugar… El agente de la CIA llegó al coche, se sentó ante los mandos, asintió al ver la llave en el contacto, y puso lo en marcha. Condujo rápidamente hacia el garaje, del cual a toda prisa Brigitte, corriendo el coche, que se detuvo apenas para que ella subiera…

* * *

—Ahí van —dijo Renato, mirando por una ventana—. Ahora saldrá Sofía avisándonos a gritos…

Pero un minuto más tarde, Sofía Paluzzi no había salido todavía y Renato renegó algo y salió corriendo hacia el garaje, seguido de Marcos, Raúl y Gino. Los cuatro hombres entraron corriendo… y se detuvieron en seco ante el cadáver de la hermosa rubia de ojos azules.

—¡Está muerta! —chilló Gino.

Renato estaba palidísimo, desencajado el rostro. Señaló el coche, temblorosa la mano.

—Vamos a perseguirlos… Quizá los alcancemos todavía. —De pronto lanzó un grito de rabia, se congestionó su rostro—. ¡Ya se lo dije a Sofía, no me gustaba ese hombre, estaba engañándonos…! ¡Es de la CIA, lo ha sido siempre, lo será mientras viva! ¡Todo era…!

—Cálmate —gruñó Marcos—. No ganamos nada con lamentarnos ahora, Renato. Vamos a seguirlos a los dos… Y ya verás como podremos alcanzarlos pronto. Este coche es mejor que el otro.

Gino ya estaba al volante, y había hecho funcionar el encendido. El motor rugía ya, en vacío. Renato y

Marcos entraron en la parte de atrás, Gino puso la primera marcha y el coche empezó a moverse…

Y enseguida se produjo el estampido, la explosión de la carga plástica. El coche reventó en pedazos, la gasolina se incendió, trozos de plancha y tapizado saltaron hacia todos lados… Los cuatro cadáveres de

los espías enemigos de la CIA quedaron como incrustados en trozos de plancha retorcida… y fueron el centro de aquella pira funeraria que poco después arrasaría el garaje, parte del jardín, la

romántica casa…

* * *

La explosión llegó, apagada, hasta el lugar donde Carlos Llamas y Brigitte habían detenido el coche, para asegurarse de que la carga que Llamas había colocado hacía su efecto.

—Creo que no podrán seguirnos ahora. Camino libre hacia el aeropuerto, querida.

Entraron en el coche, Carlos lo puso en marcha… y apenas doscientos metros más allá vieron un coche cruzado en el camino. Carlos se apeó, fruncido el ceño, mirando a todos lados. Pero no había nadie allí.

Y él no pudo ver al hombre que salió de detrás del coche, por un lado, y que apuntó con una pistola a su espalda.

—¡Travelling, no! Plop.

Carlos Llamas se había vuelto al oír la voz de Brigitte, crispada por el espanto… Y al volverse recibió el balazo en el centro del pecho.

Abrió la boca y, como muy lejana, oyó de nuevo la voz de la hermosa mujer que él conocía como

Marina Lucientes:

—¡Travelling, está equivocado, él no…! Plop.

Había quedado en pie, sin saber cómo, pero ahora la segunda bala lo empujó contra el coche, donde rebotó para ir de bruces contra el suelo. No supo qué ocurría, qué estaba pasando. Solamente que, de pronto, al abrir los ojos, vio el rostro de Marina Lucientes sobre el suyo, y notó aquellas frescas manos maravillosas en sus mejillas. Una gota caliente cayó sobre la nariz de Carlos Llamas, que sonrió como un niño bueno y candoroso.

—No… no llores. Marina… Esto… tenía que pasar… alguna vez…

—No… no estoy… llorando —tartamudeó ella.

Y otra gruesa lágrima, transparente y cálida, cayó sobre el rostro de Carlos Llamas.

—Entonces… es que… que llueve… Marina, tengo en un bolsillo… la lista de los… compañeros nuestros que están… localizados y vigi… vigilados, y sus… direcciones… Corre a Buenos

Aires y sácalos de allí… Ya sabes… lo que tienes que hacer… Me parece que está… lloviendo… mucho Es la época: en primavera, ya se sabe…

—No hables más… —gimió Baby Montfort—. No hables más, Carlos. Te voy a llevar a Mar del Plata, te curarán…

—No… Esto se acaba… Lo sé… Voy a reunirme con… con mi buen amigo… y compañero Pepe… Pepe Román… Le pediré perdón, y… y estoy seguro que él… comprenderá… comprenderá que… que lo tuve… lo tuve que… matar… Marina, salva a los demás… Déjame aquí ya… y ve a salvarlos, ayúdales… Júrame que lo… lo vas a hacer…

—Te lo juro.

—Eso… está… mejor… Parece que esté… oscureciendo en lugar de… de amaneciendo, y… y eso me recuerda… nuestra canción…, nuestro tango… Tú lo cantabas junto a mi oído, mientras bailábamos. ¿Te… acuerdas?

—Sí. Me acuerdo, Carlos.

—Te quiero… Te amé en cuanto te vi, y cuando… cuando supe que eras… una… una chica granujilla de… de… de mi CIA, fui… el hombre más feliz… del… del… del mundo… del… mundo. Ya no oiré más nuestra canción…

Brigitte tragó saliva, y, mientras las lágrimas ahora abundantes cegaban por completo su visión, sollozó, con voz desgarrada:

—Y… y todo a media luz…, crepúsculo interior…, a media luz los besos…, a media luz los dos… Y… y un gato de… de porcelana, para que… para que…

No pudo seguir.

Era como si su garganta estuviese completamente paralizada. Parpadeó, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Entonces, pudo ver bien a Carlos Llamas: estaba con los ojos abiertos y una dulce sonrisa de niño bueno y hermoso en los labios. Metió la mano en uno de los bolsillos interiores, y luego en el otro. Encontró el papel y se volvió hacia Travelling, que estaba mucho más pálido que el difunto Carlos Llamas, envarado, rígido, estupefacto.

—Creí… creí que debía… ayudarla, Baby —musitó.

—¿Sin explicaciones?

—Teníamos que… cumplir la orden que recibimos.

—Magnífico. Pues ya la ha cumplido usted, Travelling. Véalo:

Carlos Llamas, agente de la CIA número clave T12.023, en misión de servicio durante cinco años en el extranjero. Como premio a su labor y a haberse jugado la vida con la máxima audacia en beneficio exclusivo de veinticuatro compañeros…, entre los cuales se contaba usted, ha recibido la muerte. Magnífico, Travelling. Reciba mi más calurosa felicitación.

—¿No era… un traidor?

—Pregúntele a él.

—Él no puede contestar…

—Ahora, no. Hace un minuto o dos, lo hubiese hecho. Pero no… No, señor. Usted estaba molesto conmigo porque yo alargaba el trabajo, y decidió liquidar la cuestión por la vía rápida…

—Lo siento… Lo siento de veras.

—Usted es un robot, no un hombre. Ni siquiera es un espía, Travelling. Sólo un asqueroso robot asesino…

—No tenemos tiempo para reñir entre nosotros. Vámonos, tenemos mucho trabajo que hacer todavía.

—Ya lo haré yo. Yo sola, Travelling: Baby Montfort, Ah, pero ahora usted es peligroso, sabe mi nombre… Brigitte Montfort, periodista de profesión visible, con domicilio en Nueva York, en la Quinta Avenida… ¡Qué peligroso se ha vuelto usted para mi seguridad, Travelling! ¿Y si lo capturan alguna vez? Le preguntarán nombres, dirá el mío… Ah, señores: Travelling es ahora un elemento… peligroso para mi seguridad. Tendría que matarlo.

—¿Está loca? ¡Vámonos de aquí!

—¿Sabe cómo entiendo yo el espionaje, Travelling? No… ¡Claro que no lo sabe! El espionaje es un medio sutil de mantener la paz en el mundo, la buena armonía… incluso entre los enemigos. Eso debe ser el espionaje, según mi punto de vista. Y yo siempre mantengo mis puntos de vista. Adoro a los espías…, quiero a mis muchachos, que se juegan la vida por seres estúpidos como usted, por simples… robots asesinos. Es posible que los espías no existan, Travelling, pero sí para mí. Existen. Yo soy una espía. Existo. Pero usted… Usted es un cerdo asesino, sea o no sea norteamericano, sea o no sea de la CIA, sea o no uno de mis muchachos… Y de acuerdo a mis puntos de vista usted es nocivo para la CIA, para mis muchachos, para la paz, para el mundo… No piensa. Es un robot miserable que no comprende un heroico sacrificio… Le enseñan la fotografía del

rostro de un hombre y no sabe comprender que ese hombre es noble, estremecedoramente noble y valiente. No piensa. Es un traidor, le dicen. Y usted va y lo mata. Travelling, no quiero hombres como usted en la CIA, mezclado con mis muchachos.

—Está loca de remate… ¡Vámonos ya!

—Hay tiempo… Dispondré de una avioneta. Hay tiempo, Travelling. Me ocuparé de que el cadáver de Carlos sea llevado a Aguadulce, Tejas, Estados Unidos. Y haré lo demás, lo que resta por hacer. Yo sola, tranquila, sonriendo, ayudando a mis muchachos a escapar del peligro… Pero usted no es uno de mis muchachos. No lo quiero mezclado con ellos. Los salvaré a todos, pero a usted… a usted voy a matarlo.

Un instante más tarde, Travelling estaba muerto.

* * *

Tres días después, en aquella sala oscura, sentada ante la larga mesa curvada, en la que se veían las siluetas de nueve hombres, Brigitte dejó de pensar cuando oyó la voz de uno de ellos:

—Agente Baby, ¿nos escucha?

—Les escucho.

—Bien. Este tribunal especial de la CIA ha considerado el caso detenidamente. Quiero que sepa que en modo alguno aprobamos su comportamiento. Usted no es quién para decidir quién debe morir y quién debe vivir. Nosotros lo decidimos.

—¿Estoy expulsada?

—Seríamos locos si hiciésemos tal cosa con un agente con un expediente como el suyo. Sólo hay, en todo el mundo, dos agentes que podrían competir con usted…, y ya nos abandonó uno de ellos, por algo que le hicimos en Europa. Se le llamaba Número Uno…, y sigue siéndolo, sólo que ahora trabaja para él, para su propio… bolsillo. No queremos que nos ocurra lo mismo con usted. Por tanto, seguirá en la CIA. Sin embargo, esperemos… que el caso no se repita.

—¿Puedo marcharme?

—Desde luego. Ah… La CIA mantiene su palabra: tiene usted una semana de vacaciones pagadas en Río de Janeiro… En el mejor hotel de allá, naturalmente. Conocemos sus gustos.

—Muy agradecida. Pero… ¿conoce usted Río de Janeiro, señor?

—No.

—Es una ciudad… absurdamente llena de vida, de alegría, de agitación, de sol, de risas… Es como… como un grito de vida alegre y palpitante. No. No, señor, gracias. Mi estado de ánimo no es el adecuado para ir a Río de Janeiro. Sería un estorbo allí. Iré cuando me sienta más sosegada, quizás alegre… Entonces, sí, iré a Río. Ahora, no.

—Como quiera.

Brigitte se puso en pie y caminó hacia la gran puerta, que, como todo el recinto, estaba casi a oscuras. No había visto los rostros de aquellos hombres… Ni le interesaban.

Abrió la puerta, se volvió, y preguntó:

—¿Puedo decir algo?

—Dígalo.

—Cada vez que me envíen a una misión, calculen con cuidado las posibilidades, porque siempre, en las mismas circunstancias, haré lo mismo. No me gustan los robots. Ah, y… cuando alguien les diga que no existen los espías, felicítenlo. Y, si es posible, háblenle de un hombre que se llamó Carlos Llamas, y que vivió y fue asesinado en un hermoso lugar llamado Mar del Plata. Sí, señores…: feliciten de mi parte, y muy efusivamente, a quien vaya diciendo que los espías no existen.

Este es el final

La canción resonaba en sus oídos. Era como si todavía oyese la voz de Carlos Acuña, y notase en sus labios los besos de Carlos Llamas. Sus besos, su canción…

… Y un gato de porcelana para que maúlle al amor.
Y todo a media luz, crepúsculo interior,
a media luz los besos, a media luz los dos…

Hacía un poco de viento en el cementerio de Aguadulce, Tejas. Pero no importaba. La espía Baby Montfort no notaba nada del mundo exterior. Ni veía nada, a excepción de aquella tumba, que tenía una simple lápida:

CHARLES T. CONWAY June, 1934October, 1966

Eso era todo.

Allá estaba la tumba, cubriendo el cadáver de un hombre valiente, amable, noble… Un hombre que había sido condenado a muerte sin explicaciones. Dura lección, que quizá la CIA y todos los servicios de espionaje del mundo harían bien en aprender…

Salió un momento el sol. Aquel sol de Tejas que los fanfarrones tejanos decían que era especial, sólo de ellos. Un sol anaranjado, en verdad hermoso… Aunque quizá tenía aquel color porque ya era tarde, y llegaba el rojo ocaso…

Brigitte Baby Montfort dejó el ramito de rosas rojas sobre la tumba, y, de pronto, sonrió.

—Cualquier día, Carlos, me enviará alguien contigo… Creo que no me molestaría demasiado. Estaríamos juntos, bailaríamos… Podríamos charlar. Pero hasta entonces tengo que dejarte aquí y

seguir con nuestro trabajo… Tú me entiendes. Igual que entiendes que sí existen los espías, porque… porque si no existiesen, no podrían… morir. Y tú… estás muy lejos de mí. Adiós, Carlos.

FIN

Notas

[1] *Mr*. Cavanagh apareció por primera vez en la aventura de Baby titulada *Viaje de placer*, y posteriormente en *Organización Octopus*. <<

[2] Referencia a la aventura *El salario de los espías*. <<